

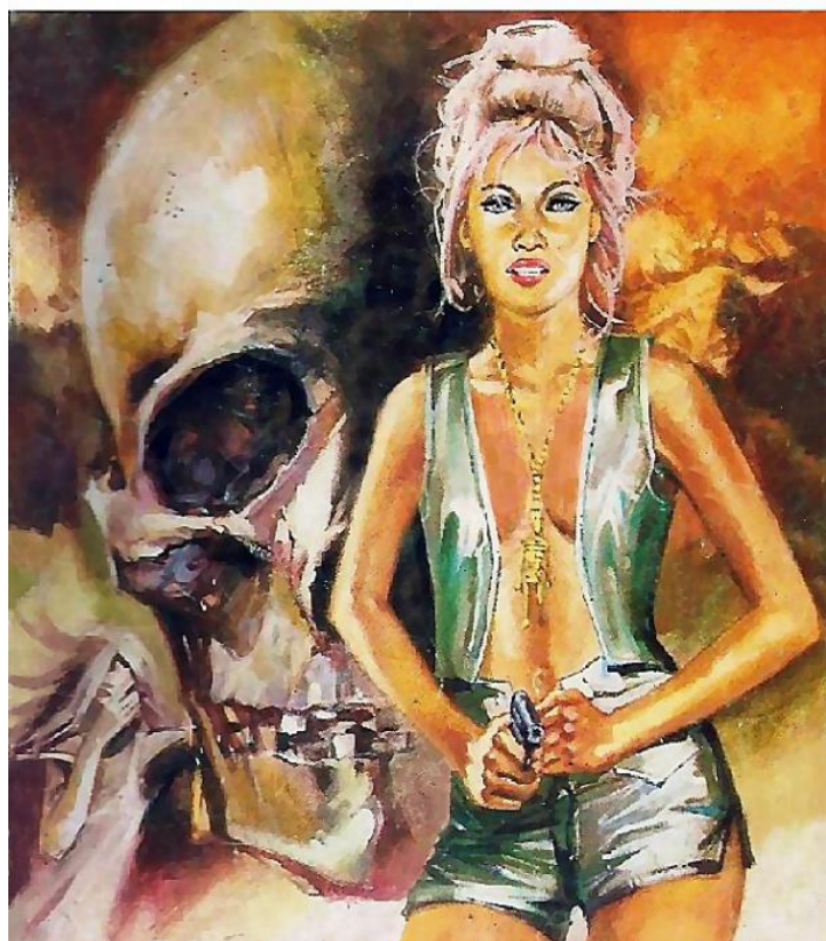
PUNTO

ROJO



UNA SEÑORITA LLAMADA MUERTE

Silver Kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

UNA SEÑORITA LLAMADA MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 878

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Deposito legal: B. 42.459 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: febrero, 1979

Francisco Bruguera - 1983

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Sally no sabía qué impulso la había movido a ir a aquel extraño sitio.

Era una calle sórdida y de aspecto poco agradable, cerca de Whitechapel. La luz roja del atardecer se proyectaba sobre las paredes de ladrillo y las ventanas de cristales sucios. En uno de los portales, sobre una placa negra, se leía en letras doradas:

Mme. LINESCU

4 p. m.

Sólo esto. *Madame* Linescu, cuatro de la tarde. Aquélla debía ser, sin duda, la hora de visita. La mujer a que se refería aquella placa debía ser rumana, a juzgar por el nombre, o quizá era inglesa y aquello era un camelo para llamar más la atención. Además se ponía «*madame*» en francés, para dar a la cosa un aire exótico.

Sin embargo, Sally pensaba que aquello no era una superchería, después de todo. Se sentía extrañamente inquieta.

Avanzó hacia la puerta y tiró del cordón de la campanilla. El sonido, un poco ronco y lúgubre, pareció extenderse a todos los rincones de la casa. Se oyó un «tlac» y la puerta se abrió. La cerradura debía poder moverse por medio de un resorte desde los pisos superiores.

El vestíbulo era como el de tantas casas inglesas de la clase humilde, con una alfombra de esparto, una percha y un jarrón anticuado sobre un pedestal, con unas llores artificiales que daban pena. Había también la foto de un caballo muy esbelto que quizá alguna vez ganó el Derby.

Todo el conjunto, a la luz del atardecer, causaba una invencible sensación de sordidez y de tristeza.

Sally preguntó en voz alta:

—¿Puedo subir?

—Suba. Primera puerta a la izquierda —le contestó desde arriba la voz de una mujer—. Perdón si no salgo a recibirla, pero me encuentro imposibilitada.

Sally ascendió lentamente los carcomidos peldaños de madera, que ninguna alfombra cubría. Llegó ante la primera puerta a la izquierda y entonces se detuvo con un gesto que no hubiera podido decirse si era de horror o de asombro o de ambas cosas a la vez.

Tras la puerta había una salita penumbrosa, y en ésta se encontraba sentada una mujer.

Era una mujer de media edad, decorosamente vestida, con los cabellos teñidos de rojo. Su mirada parecía lejana, perdida y como si regresara de otro mundo. Pero no era esa mirada lo que llamaba la atención en ella, sino sus manos, muy blancas y finas, y su pierna rota y enyesada que tenía apoyada sobre una silla. Aquella pierna gruesa y blanca parecía una visión de aquelarre. Sally se quedó quieta, mirándola fijamente.

—Ya ve que debe perdonarme —dijo suavemente—. No puedo moverme apenas. Me rompí una pierna la semana pasada y me he convertido en una especie de paralítica. No puede imaginarse lo que es estar encerrada dentro de una coraza de yeso. No le deseo que lo sufra nunca, muchacha.

Sally sonrió tímidamente.

—Eso usted me lo dirá. Tengo mucho interés en que adivine mi futuro, señora Linescu.

—Pase y siéntese.

Entre la silla donde estaba sentada la mujer y la puerta quedaba un espacio suficiente para que Sally entrara en la habitación. En ésta había un par de sillones y una mesa redonda cubierta con un mantel negro. Parecía un túmulo instalado para unos funerales. Unas cortinas grasientas cubrían la única ventana, por la que entraba la luz roja del atardecer.

Sally se sentó en el borde de uno de los sillones y entonces se encontró con la mirada de la mujer. Aquella mirada se había vuelto dura e intensa, casi llameante.

—¿Quién la ha recomendado, muchacha?

—Era amiga de Nancy Ulm.

—Ah, sí, Nancy Ulm. ¡Pobre muchacha! Leí la noticia de su

muerte hace una semana. Se lo advertí a tiempo, no crea. Le dije que moriría en accidente de automóvil, y ella insistió en conducir.

Sally apretó los labios.

—Ella ya me habló de eso... antes de morir. —Y añadió con un soplo de voz—: Por eso he venido.

—Nancy no debió decirle nada. No me gusta que lo que se habla aquí salga al exterior, y por eso recibo mis visitas una a una. Pero, veamos... ¿cuál es su problema, muchacha? Le advierto que no es aconsejable venir aquí. Yo me gano la vida de otro modo. Soy modista, ¿sabe? Modista de personas ya viejas y de buen gusto. ¿Le han dicho que lo único que puedo saber es cuándo van a morir las personas? No creo que a una persona tan joven como usted le interese saber cuándo va a llegar la hora de la muerte.

Sally apretó los labios otra vez.

—Ya sé que usted sólo adivina eso. Resulta inquietante. Sería mucho más hermoso adivinar si una va a ser pobre o rica, si se va a casar o no. En cambio, usted dice solamente cuándo va a morir alguien. No lo comprendo.

—¿Por qué no lo comprende?

—A la gente le gusta oír otras cosas.

—Pero es que yo no digo lo que la gente quiere oír. —Cambiano de tono, añadió—: ¿Por qué ha venido, después de todo? ¿Qué va a ganar usted sabiendo cuándo le corresponde morir?

—No es por mí —dijo tímidamente Sally.

—¡Ah! ¿Viene en nombre de otra persona?

—Sí. De mi hermana Cynthia.

La mujer adelantó un poco su silla, sin mover la pierna enyesada.

—De modo que su hermana Cynthia. ¿Qué pasa con ella?

—Está enferma. Es una mujercita frágil, delicada, dos años más joven que yo. Es decir, ahora cumplirá dieciocho. Siempre ha tenido una salud tan frágil que no ha podido salir apenas de nuestra casa de Curzon Street, exceptuando unas breves temporadas en el campo. Ahora su estado se ha agravado bastante, y yo no duermo pensando que ella pueda morir. No puede usted imaginarse lo que es esto. Yo a mi hermana...

—Usted la quiere mucho, ¿verdad?

—Yo la idolatro. Hágase cargo de que no tenemos madre hace muchos años. A pesar de ser casi de la misma edad, me siento responsable de lo que pueda sucederle. Mis sentimientos son... maternos por decirlo así. Creo que si supiera que Cynthia va a morir de esa enfermedad, yo no podría resistirlo.

—¿Qué enfermedad tiene?

—Los médicos no se han puesto de acuerdo sobre ello. Parece que es una forma de anemia. ¡Si usted la viera! Cynthia es una cosa delicada, frágil, como una llamita que en cualquier momento parece ir a extinguirse. Da una pena terrible verla allí, quieta, junto a una ventana, mientras el tiempo se consume en torno suyo. Yo creo que no podré resistirlo. ¡Necesito saber!

Madame Linescu movió la cabeza pesadamente.

—Ta, ta, ta... No debió haber venido, muchacha.

—Es que si yo sé que mi hermana no va a morir de esa enfermedad, todo será distinto. Tendré ánimos para luchar, compéndalo. ¡A veces me siento tan agotada! Y creo que mi alegría se le transmitirá a ella misma.

—¿Y si le digo todo lo contrario?

Sally bajó la cabeza.

—Entonces... me aguantaré.

—¿Podría guardar ante su hermana un secreto tan terrible?

—Creo que sí.

—¿Son ustedes ricos?

—Estamos en posición acomodada. Mi padre es un famoso investigador que trabaja en la Academia de Ciencia. Mi madre nos dejó además una pequeña fortuna cuyas rentas nos ayudan a costearnos nuestros pequeños lujos. Si lo pregunta usted por sus honorarios, no se preocupe. Le pagaré lo que sea.

—No, no es por eso. Yo sólo voy a cobrarle una libra, y eso en el caso de que las noticias sean favorables. Le preguntaba lo de su situación económica para centrar mejor la figura de su hermana.

—Comprendo.

—¿Cómo es?

—Rubia, delgada y con los ojos azules. Tiene dieciocho años, creo habérselo dicho ya.

—¿Agrada a los hombres?

—Pues... no sé. No sale nunca. Tiene poquísimos contactos con

el sexo masculino, a excepción de los médicos.

—En cambio usted sí que agrada a los hombres. Usted es muy bonita. ¿Viven en Curzon Street?

—Sí. En una casa con doce habitaciones y sótanos que es toda nuestra.

La mujer cerró los ojos.

—No puedo moverme. ¿Me quiere acercar esa mesa?

—Con mucho gusto.

Sally transportó unos pasos la mesa con el tapete negro. Pesaba como un ataúd, ésa era la verdad.

Vio que *madame* Linescu apoyaba los codos en aquella mesa y quedaba profundamente abstraída, con los ojos cerrados. Pero al cabo de unos instantes los abrió e hizo un gesto de desesperanza.

—Es inútil, no consigo situar a su hermana Cynthia. ¡Si al menos tuviera un objeto de su propiedad, algo que fuese suyo!

Como si esperara aquello, Sally rebuscó en su bolso rápidamente y extrajo un broche de brillantes que depositó sobre la mesa.

Los ojos de *madame* Linescu se abrieron. Se abrieron demasiado tal vez.

—Es muy valioso...

—¿Entiende usted de joyas?

—Lo bastante para saber que los brillantes son legítimos. ¿Pertenece a su hermana?

—Sí. Le correspondió a ella en la herencia de mi madre.

Las manos de *madame* Linescu acariciaron la joya.

—Está bien, esto me servirá. El magnetismo personal queda en los objetos. Usted no ignoraba eso, supongo. Todo cuanto diga se referirá, por consiguiente, a la dueña de esta joya.

—Sí, claro...

Sally estaba nerviosa, no podía evitarlo.

Vio a la mujer cerrar los ojos otra vez y quedar profundamente abstraída, mientras sus dedos tan finos, tan sensibles como las antenas de los insectos. Parecían recibir desde la joya algún fluido magnético que llegaba de un modo misterioso hasta los ojos cerrados de la mujer.

Transcurrieron varios minutos. Nunca el tiempo se había hecho tan interminable para Sally, que captaba sin querer todos los detalles del feo ambiente exterior: Las cortinas sucias, la luz roja

que se iba haciendo violeta, el mantel negro parecido al de un túmulo... Oía el palpitar de su propio corazón como si fuera un sonido lejano. Por fin la mujer abrió los ojos y susurró:

—Creo ver algo muy extraño en el futuro de la dueña de esta joya.

—¿Algo muy extraño? ¿El qué? ¿Morirá de su enfermedad? —inquirió Sally ansiosamente, sintiendo sus nervios a punto de saltar.

—No, no morirá de esa enfermedad. En realidad no veo que haya ninguna enfermedad que signifique un peligro para su vida.

El suspiro de alivio de Sally pareció llenar la habitación entera.

—Sin embargo... —susurró la mujer.

—¿Sin embargo, qué?

—La dueña de esta joya morirá. Ha de morir bastante pronto.

—¿Có... cómo?

Sally apenas había podido hablar. Las sienas le hacían daño. La luz violeta del crepúsculo parecía entrar como un veneno hasta el fondo de sus ojos.

La voz ronca de la mujer añadió:

—Morirá asesinada.

CAPÍTULO II

Sally se estremeció. Tuvo la sensación de que su boca se había abierto demasiado, casi de un modo ridículo. Intentó serenarse y la cerró. Oyó entonces el entrechocar de sus propios dientes.

—¿Qué... ha dicho?

—La dueña de esta alhaja morirá asesinada.

—Pe... ¡Pero eso es absurdo!

—¿Por qué ha de serlo? El crimen, desgraciadamente, nos rodea por todas partes. Forma, nuestro mundo de cada día. Miles de personas mueren asesinadas al cabo del año en Inglaterra. ¿Por qué su hermana no?

—Porque ella es... es... ¡Ella es una pobre muchacha enferma! ¡No tiene enemigos!

—Ya le he dicho que su enfermedad no la veo clara. Puede que sea una comedia.

Sally se irritó. Estuvo a punto de saltar en su asiento.

—¡Oiga, usted no tiene derecho...!

—No me oiga si no quiere. Es muy libre de marcharse. Pero no le he dicho aún lo más importante.

Sally, que ya se encontraba casi en pie, estuvo a punto de salir de la habitación, pero aquella frase «no le he dicho aún lo más importante» tuvo la virtud de retenerla. Fue una curiosidad casi angustiada la que sintió en aquel momento, una curiosidad que le cortaba incluso la respiración.

—¿Qué tiene que decirme más?

—Antes de ser asesinada, la dueña de esta alhaja cometerá un crimen.

—¿Un... un qué...?

—Ella matará a alguien.

—¿Matar ella a alguien? ¿A quién?

—A un hombre.

Las palabras habían sido pronunciadas con tanta seguridad, con tanto aplomo, que Sally sintió como se le formaba un nudo en la garganta. Respirando con dificultad, logró decir:

—Absurdo... No tiene trato con hombres...

—Pues la dueña de esta alhaja matará a uno. ¿Quiere que le diga cómo será ese hombre o prefiere ignorarlo?

La mujer hablaba con tanta seguridad, con una voz que parecía llegar tal del Más Allá, que Sally sintió que aquel nudo en su garganta se hacía más grande y más angustioso que nunca.

—Absurdo...

—Lo matará antes de tres meses.

—¿Está loca? ¡Usted no ha visto a mi hermana! ¡Apenas puede levantarse de su silla! ¡Está tan débil que hasta volver la cabeza le cuesta un esfuerzo! ¿Por qué habla así? Ella necesitaría un arma de fuego para matar a un hombre, y jamás un arma de fuego llegará a sus manos.

Madame pareció concentrarse más intensamente aún, y mil diminutas arrugas se marcaron en su rostro.

—No lo matará con arma de fuego.

—¿No...?

Sally no sabía qué decir. No sabía qué pensar siquiera.

—Lo estrangulará.

—¿Qué... que dice?

Unas brascas, unas terribles ganas de reír y de llorar al mismo tiempo sacudían su cuerpo.

—Lo estrangulará con un lazo de seda.

—Pero eso requiere fuerza... Mucha fuerza... ¡Mi hermana no la tiene!

—La propietaria de esta alhaja la tendrá en el momento preciso.

—¿Y... ira a la cárcel por el crimen?

—Sí.

—No necesito saber más... —balbució—. Tenga su libra esterlina.

—No quiero cobrarle nada. Veo que las noticias que le he dado son muy desagradables.

—Jamás creí que lo fueran tanto.

Madame movió la mano izquierda como si quisiera disipar las nubes de una pesadilla.

—Me resisto a dejarla marchar sin decirle lo último que veo sobre este asunto —dijo, cerrando los ojos otra vez—. Veo claramente al hombre que tiene que morir.

—¿Cómo... cómo es?

—Joven y agradable. Bien vestido, usando en todo momento corbatas negras. El único detalle que en cierto modo le afea es que tiene una gran cicatriz en la cabeza.

Sally volvió a exhalar un suspiro de alivio.

—Menos mal... Mi hermana no conoce a nadie de esas señas.

—Puede conocerlo.

La muchacha rió nerviosamente.

—¡Oh, no! Le aseguro que no... Usted ha hablado de tres meses. ¡Muy bien! Pues yo le juro que en tres meses mi hermana no recibirá una visita, no será asistida más que por los médicos conocidos de la casa, no saldrá de su habitación y tendrá bloqueada su línea telefónica. ¡Será completamente imposible que conozca a un hombre como el que usted dice! ¡Y si no le conoce mucho menos podrá estrangularlo!

—Eso es cosa suya, muchacha.

—Nada de lo que usted ha dicho ocurrirá...

—Mejor. No crea que yo estoy contenta.

—Además hay algo que no entiendo —añadió Sally, cuyos pensamientos eran rápidos—. Si mi hermana va a asesinar al hombre que usted dice... ¿quién la asesinará luego a ella?

La pregunta pareció quedar flotando en el aire durante unos segundos. *Madame* abrió los ojos, y otra vez su mirada quedó perdida. Una nube gris pareció flotar por entre sus párpados.

—Ve algo que no comprendo del todo —musitó al fin.

—¿Qué es lo que no comprende?

—La dueña de esta alhaja matará al hombre de quien he hablado.

—Eso ya lo sabemos. ¿Y qué?

—Aquí viene lo que no comprendo bien. Luego él la matará a ella.

De nuevo Sally abrió mucho la boca, sintiendo que le faltaba la respiración.

Cuando salió de allí, cinco minutos después, y se perdió por Whitechapel, el crepúsculo, un crepúsculo dulce, había empezado a

caer sobre la ciudad. Pero para ello, para Sally, había comenzado la noche eterna.

CAPÍTULO III

... «Él la matará a ella».

Sally avanzaba por las calles como una alucinada, sin ver los automóviles raudos, los autobuses de dos pisos que enfilaban hacia Hyde Park ni las luces amarillas que apenas lograban disipar la densa niebla que llegaba desde el río.

Cuando llegó a su casa, Cynthia estaba allí, como siempre.

Tenía una expresión dulce, serena, mientras desde su ventana miraba las sombras del jardín difuminadas por la niebla. Apenas giró la cabeza para mirar a Sally cuando ésta entró en la habitación.

—Hola, grandullona.

Sally había sido siempre para ella «la grandullona», a pesar de que sólo se llevaban dos años. La recién venida se sentó frente a ella y la miró fijamente.

Los ojos de Cynthia recorrieron con calma toda la figura de su hermana, desde el borde de la falda hasta los cabellos peinados cuidadosamente.

—¿Qué te pasa, Sally?

Sally se sobresaltó, como si pudiera adivinar sus pensamientos.

—¿Qué me pasa de qué?

—No sé, pareces trastornada. Pareces como si de repente hubieras tenido una visión del Más Allá. Quién sabe si una visión del infierno...

—¡Yo no he tenido ninguna visión de nada! —dijo con brusquedad—. He estado paseando...

—Bueno, no te pongas así.

—Es que preguntas unas cosas...

Cynthia sonrió dulcemente, como sonreía siempre.

—No pregunto nada, «grandullona». Te he dicho simplemente que estás rara esta noche. Pero debe ser la niebla. La niebla, cuando llega desde el río con esa intensidad, cambia a los seres humanos.

¿No lo has notado nunca?

Sí, Sally había notado a veces que las personas, entre la niebla, parecían otras, parecían como si su interior se viese como en la pantalla de las radiografías. Era como si los criminales no pudiesen ocultarlo. Y Sally, al pensar eso, siempre tenía un estremecimiento.

Ahora miró a su hermana.

Hasta su hermana le parecía distinta. Cynthia tenía esta noche unos ojos distintos, más profundos, más quietos, más *siniestros*, si es que se podía emplear esa palabra. ¿Eran realmente aquéllos los ojos de Cynthia? ¿Eran aquéllos los ojos de una mujer *capaz de matar*?

La enferma insistió:

—Te encuentro rara...

—No... Debe ser la noche y la niebla, como tú has dicho. Oye, Cynthia... ¿has conocido alguna vez a un hombre que tuviera una cicatriz en la cabeza?

Cynthia pareció sorprendida un momento, pero luego se echó a reír.

—¿Un qué? ¿Pero qué dices, Sally? ¿Un hombre con una cicatriz en la cabeza?

—Eso es lo que he dicho exactamente. Y piensa bien la respuesta porque es importante.

—Importante... ¡Dios mío! ¿Quién puede entenderte? ¡Claro que no conozco a nadie con una cicatriz en la cabeza!

—¿Seguro?

—¡Cielos! ¡Seguro, claro que sí!

—Está bien. Me alegro.

—Pero Sally... ¿de veras estás bien? ¿Qué te pasa?

—¡No me ocurre nada!

—Incluso estás de mal humor. Eso no es normal en ti. ¿Es que te has aburrido de... de cuidarme?

La voz asustada de Cynthia, su voz trémula de pajarillo, su actitud humilde, hicieron saltar lágrimas a los ojos de Sally. ¡Dios, claro que no! ¿Qué haría Cynthia sin ella, que le había servido de madre? ¿Con qué protección contaría si ella, Sally, llegase a fallar?

Mientras intentaba contener sus lágrimas, la abrazó dulcemente.

—No, Cynthia, no te preocupes. Tu hermana Sally nunca se aburrirá de ti. Piensa que yo haría por salvarte cualquier cosa... ¡Cualquier cosa!

Durante cincuenta días, o sea casi dos meses completos, nada extraordinario ocurrió.

Cynthia se sentía mejor y tenía ganas de salir, pero su hermana lo evitaba cuidadosamente. Durante las tardes daban una vuelta por el jardín posterior de la casa o salían en automóvil, sin bajar nunca de él ni detenerse en ninguna parte donde hubiera hombres. Iban hasta Croydon, generalmente, y a veces se alargaban hasta Eton o Windsor. Allí, desde lejos, observaban a los solemnes y empenachados guardias que daban escolta al palacio de Su Graciosa Majestad. Luego regresaban, cuando ya la noche caía sobre esos campos dulcemente verdes que sólo se encuentran en la Gran Bretaña.

Cynthia no conoció a ningún hombre.

La fiesta de su cumpleaños, que solía dar motivo a una pequeña reunión, fue suprimida. La clásica excursión a Brighton al empezar la buena estación, también. Los criados recibieron orden de no dejar entrar a ningún visitante si antes éste no era supervisado personalmente por la propia Sally.

Y así transcurrieron dos meses.

Sally había empezado a olvidarse de su visita a *madame* Linescu, cuando tuvieron lugar los funerales por el alma de Burton.

Burton era un viejo amigo de su padre, uno de esos hombres cuya fortuna personal hace que la gente se acuerde de ellos después de su muerte. Sally no tuvo más remedio que ir a los funerales, junto con otras muchas muchachas de la buena sociedad de Londres. A la salida, su padre se reunió con aquel grupo de personas más jóvenes que hacían comentarios en voz baja.

Cuando Sally iba a dirigirse hacia el coche, su padre la llamó.

—Acércate. Estábamos hablando de ti.

—¿De mí?

Los cuatro jóvenes que formaban aquel grupo se volvieron casi a la vez. Sally, de una manera maquinal, observó sus corbatas. Siempre hacia lo mismo, desde que habló con *madame* Linescu. Vio que los cuatro llevaban corbata negra. Eso era normal, después de asistir a unos funerales de alta categoría.

—¿Dices que hablabais de mí? —susurró.

—Hablábamos del concierto de violín que diste el año pasado ante la T.V.

Sally sonrió modestamente.

—Creo que todo el mundo apagó los receptores durante media hora —dijo.

—¡Oh, no! —Uno de aquellos hombres, de largo cabello negro y aparentando unos treinta años, se adelantó a los otros—. Yo escuché su concierto en el club, donde éramos a aquella hora unos treinta, y le aseguro que fue seguido con la mayor atención. ¡Qué maestría la suya! Nunca he oído arrancar a un violín unas notas tan puras.

Sally volvió a sonreír.

—Es que el mérito era del violín —dijo.

—¿Cómo?

—Se trataba nada menos que de un Stradivarius. Lo guardamos como uno de los más importantes tesoros familiares y sólo lo toco yo cuando voy a dar un concierto.

—¿Actuará este año otra vez ante la T.V.?

—Supongo que sí; dentro de un mes y medio, aproximadamente. Doy un concierto al año solamente.

—Es lástima que usted no se dedique con más intensidad a la música.

—No tendría paciencia para ser una profesional con un amplio repertorio. Hay que ensayar mucho.

—¿Pero usted no practica con el Stradivarius?

—Sólo lo afino unos momentos antes del concierto. Prefiero ensayar las piezas con violines menos delicados.

La conversación se generalizó. El tema central dejó de ser la música para pasar a ser la Bolsa y sus cotizaciones. Sally permaneció ajena a todo aquello, mirando solo alternativamente las corbatas negras de los interlocutores. Todo el mundo las llevaba, por lo que vio. Eso hizo que, al entrar en el coche con su padre, casi sintiera alivio.

Celebró que Cynthia, gracias a su enfermedad, no hubiera acudido a los funerales.

Su padre, mientras el coche arrancaba bajo las manos expertas del chófer, se llevó una mano a los ojos.

—Simpáticos todos, ¿verdad?

—Sí. Y parecían entender de música.

—Más entienden de negocios de Bolsa y de carreras de caballos.

Todos son empedernidos jugadores. Ya sabes que la Bolsa es un modo de apostar dinero. Uno apuesta a la subida de un determinado valor como apuesta a la llegada de un determinado caballo. Si no llegamos a cortar, estamos hablando de cotizaciones hasta la noche.

—¡Y eso resulta tan aburrido...!

—Uno de esos hombres —prosiguió su padre—, el que te ha hablado primero, es un gran admirador tuyo. Le gusta la música tal como la interpretas tú.

—¿Ah, sí? —musitó ella distraídamente—. No recuerdo ni que me haya dicho su nombre.

—Se llama Murdock. Un tipo solitario, ésa es la verdad, a pesar de que frecuenta el club. Yo conozco a su padre. Son bastante distintos en todo. Sólo se parecen en la elegancia en el vestir y en su manía de llevar todo el año corbata negra.

Sally abrió mucho los ojos de repente, mientras se le tensaban los músculos de la garganta. Musitó:

—¿Has dicho que todo el año llevan... corbata negra?

Murdock estaba allí. Estaba allí quieto junto a la alta chimenea del club, elegantemente vestido como siempre, y ostentando sobre la camisa una perfecta corbata negra.

Sally, que había obtenido una recomendación para entrar en aquel club exclusivo, se acercó a él.

Murdock la recibió con una sonrisa agradable.

—¡Qué sorpresa, *miss* Sally! No sabía que a las mujeres les permitieran la entrada aquí. Esto es excepcional, créame.

—Lo he conseguido gracias a la influencia de mi padre.

—Oh, claro, ya comprendo... Pero hay un peligro en esto, ¿sabe? Si usted sigue viniendo por aquí, el club elevará las cuotas de los socios. ¿Por qué no nos sentamos? ¿Permite que la invite a un *whisky*? Aquí tienen marcas escocesas casi exclusivas.

—Acepto. Mi intención era conocer esto...

Se sentaron en dos de aquellos grandes butacones de orejas, tapizados en piel roja, que abundan en los clubs ingleses, y charlaron largamente. Toda la gran sala olía a piel de calidad, a maderas nobles, a tabaco caro. Sally se sentía bien allí, a pesar de su nerviosismo. Durante todo el tiempo no dejó de mirar a Murdock

fijándose en si éste tenía alguna cicatriz.

La insistencia de aquella observación a que era sometido casi extrañó al hombre.

—¿Qué le ocurre? ¿Hay algo incorrecto en mí? —preguntó en un determinado momento, tocándose con aprensión su impoluta corbata negra.

—No, no... Perdone. Es que suelo mirar con mucha atención a la gente mientras la oigo hablar.

—Es usted muy amable. ¿Sería mucho pedir que algún día me obsequiase con un concierto en privado? Desde que la vi ante las pantallas de la televisión, ardo en deseos de que aquello se repita. ¿No podría visitarla en su casa alguna tarde?

Sally se sobresaltó.

—No... Jamás recibo visitas.

—Si es así, considere que no le he hecho la pregunta. ¿Pero no podríamos salir a pasear juntos alguna vez? Tengo un bonito coche descapotable. ¿Por qué no hacemos una excursión por el sur de las islas? En medio día podemos hacer un bonito viaje. Mi coche es un «M. G».

Sally sabía que, lo mejor para vigilar a una persona es tenerla bien cerca.

—Acepto —susurró.

Dos días más tarde se encontraron en Trafalgar Square, pues Sally no había querido de ningún modo que él pasara a buscarla a casa. Murdock tenía, en efecto, un «M. G», rojo que era una maravilla. Iba vestido deportivamente y lucía un sombrero tirolés con una pluma.

—Gracias por haber venido, Sally.

—¿Es que pensaba que no lo haría?

—Tratándose de muchachas tan bonitas como usted, uno nunca puede estar seguro del todo.

Sally se acomodó en el asiento.

—Yo soy muy formal —musitó—. Siempre que prometo algo, lo cumplo. ¿Adónde quiere que vayamos?

—De momento, a Brighton. Luego tendré mucho gusto en invitarla a comer en cualquier parador de la costa.

—Siempre que regresemos a casa antes de las seis estaré encantada.

—¿Por qué tan temprano? ¿Ha de cuidar a su hermana enferma? ¿Porque usted tiene una hermana, no?

Sally sintió que otra vez se tensaban los músculos de su garganta y que otra vez le costaba respirar.

—Bueno... —musitó—. Eso no tiene importancia.

—¡Claro que no la tiene! ¡Lo importante es aprovechar el día! Sujétese bien porque vamos a correr.

Corrieron, en efecto, siempre hacia el sur, gozando del magnífico día y de la libertad de la carretera. Tomaron un aperitivo en Brighton y luego siguieron su excursión. Sally pensó que debía alejar sus turbios pensamientos. ¿Cuántas personas llevan corbata negra todo el año? Muchas, porque lo consideran elegante. Hay otras que llevan corbata blanca por la misma razón. No debía atormentarse con aquellas ideas estúpidas...

Casi había conseguido disipar estos pensamientos, cuando ocurrió aquello.

Fue, en apariencia, algo muy simple:

De repente uno de los neumáticos traseros empezó a desinflarse cuando iban a relativa velocidad. La dirección osciló un poco, pero Murdock pudo dominarla. Sin embargo, frenó el coche demasiado bruscamente y lo atravesó en la carretera, con grave peligro de provocar un accidente. Cuando el coche se detuvo, Murdock quedó como paralizado, jadeando.

—¿Qué ocurre? —musitó ella—. ¿Por qué se ha puesto tan nervioso? La carretera es ancha y no había peligro grave...

—Es que una vez tuve un accidente por esa causa —susurró él—. Siempre lo recordaré, siempre... Ahora puedo enseñárselo porque, desgraciadamente, me cortaron los cabellos demasiado cortos. Necesito que me crea...

Se quitó el sombrero tirolés. En efecto, llevaba los cabellos demasiado cortos. Y casi encima de su nuca se marcaba el principio de una cicatriz que debía llegar hasta el centro de su cráneo.

CAPÍTULO IV

El inspector Barton, de Scotland Yard, acarició suavemente la cazoleta de su pipa, que se le había apagado después de dejarla encima de una pila de documentos.

Desde detrás de la mesa miró a la chica.

Bonitas piernas, diablos. Bonitas, bien cuidadas y, además, enfundadas en nylon de primerísima calidad. Bonitos zapatos negros de alto tacón y seguramente de modelo exclusivo. Excelente conjunto de ante que debía valer un dineral. Todo era de primera en aquella chica.

Costaba creer lo que decían de ella, costaba creer que fuera una maniática.

Barton, que quizá era demasiado joven para su cargo, pues sólo tenía treinta y dos años, carraspeó al no saber por dónde empezar.

—¿Y bien...? —musitó Sally, con los ojos perdidos en los cristales emplomados, tras los que se veía la torre del Parlamento—. ¿Para qué me ha hecho venir?

—¡Oh, es una cuestión sin importancia!

—Lo doy por supuesto, ya que no he cometido ningún crimen ni pienso cometerlo.

Tenía las piernas cruzadas, y la pierna que cabalgaba se movía cadenciosamente.

—¿Está usted nerviosa?

—No. ¿Por qué había de estarlo?

—Da esa sensación.

Sally lo estaba. Claro que estaba muy nerviosa. Durante los días no comía y por las noches no era capaz de dormir, pero procuraba que nadie lo notase.

—Bien... —dijo Barton—, la he llamado porque su señor padre está de viaje por América. De otro modo hubiese hablado con él, aunque el hecho se refiere a usted concretamente. Es un pequeño

asunto familiar que no saldrá de este despacho y al que no pienso dar curso oficial. Por eso precisamente quiero hablar con usted.

La pierna volvió a moverse. Brillaba a la luz tenue del despacho el suave nylon de la media.

—¿De qué se trata?

—Usted tiene una hermana llamada Cynthia.

—Sí. ¿Y qué?

—¿Por qué se pone tan nerviosa?

—No lo estoy.

—Pues perdone que insista, pero parece asustada. Es el caso que su hermana Cynthia, en ausencia de su padre, ha presentado una queja contra usted.

—¿Una queja... a la policía?

—Dijo telefónicamente que usted la tenía secuestrada.

Los gruesos y bien dibujados labios de Sally se entreabrieron a impulsos del asombro.

—¿Qué yo la tengo secuestrada?

—Sí. Por lo visto, es una muchacha enferma y que necesita del aire y la luz. Usted antes la acompañaba a todas partes y contribuía a su curación. Ahora la tiene encerrada entre cuatro paredes, sin dejarle recibir visitas y sin permitirle salir al jardín siquiera. Eso es nocivo e ilegal. En ausencia de su padre usted puede ejercer, por decirlo así, las facultades del cabeza de familia, pero no hasta ese extremo. A lo que usted hace se le puede llamar secuestro.

Sally respiró agitadamente, mientras se hinchaba y deshinchaba con angustia su hermoso busto.

—Ella... necesita reposo.

—Me he tomado la molestia de hablar antes con los médicos de la familia —dijo Barton sin perder su agradable tono de voz—, y ellos han recomendado precisamente que la enferma se distraiga y haga vida al aire libre. ¿Qué explicación puede dar usted a sus actos, señorita?

Sally se mordió angustiosamente los labios.

¿Qué podía ella decir? ¿Qué desde que conoció realmente a Murdock tenía horribles pesadillas? ¿Qué temía por su hermana, a la que quería más que a nadie en el mundo? ¿Podía explicar sus sueños, sus vacilaciones, sus horribles presentimientos? ¿Podía creer un policía lo que *madame* Linescu dijo?

—No tengo ninguna explicación que dar —susurró—. Mi hermana ya me había pedido muchas veces que la dejara salir, pero no creí que eso la afectase tanto.

Barton sonrió suavemente, mientras recargaba su pipa.

—En ese caso dejaremos, el asunto muerto aquí —dijo—, puesto que creo que es una cuestión de carácter, algo a lo que usted no ha dado importancia, aunque la tiene. No se puede retener a una persona en un determinado sitio en contra de su voluntad, si lo que esa persona pretende es ejercitar un elemental derecho. Por lo tanto, le ruego que haga con su hermana la vida de antes. Si no lo hiciera tendríamos que dar estado oficial al asunto. Ni que decir tiene que, con toda discreción, las vigilaremos a distancia.

Sally apretó los labios otra vez.

Una nube roja pasaba por delante de su mirada.

CAPÍTULO V

Murdock preguntó suavemente, mientras extraía un cigarrillo de su caja de «Craven»:

—¿Y tu hermana? ¿Por qué no sale casi nunca? Ya sé que está enferma, pero eso que ocurre es algo anormal... No puede tenerse a una persona encerrada en su habitación durante meses.

Sally se estremeció, pero simuló aceptar con tranquilidad el cigarrillo que le ofrecía Murdock.

Estaban ante la barra del club, ante dos vasos de *whisky*, y les envolvía la suave melodía lanzada por un equipo de hi-fi.

Las butacas tapizadas en cuero rojo llenaban de color, y al mismo tiempo de solemnidad, el ambiente.

—A mi hermana Cynthia no le convenía salir —expuso Sally con suavidad—, aunque ahora ya ha mejorado y da algunos paseos.

—Sí. Precisamente la vi la otra tarde en el hipódromo. Me sorprendió porque era como encontrarse ante una aparición. Antes no salía casi nunca.

Sally contuvo la respiración mientras notaba la cicatriz a través de los cabellos de Murdock, ahora demasiado cortos.

—¿Cómo es posible que la vieras? Estuvimos en un lugar completamente apartado.

—Con unos prismáticos.

—Ya... Ya comprendo.

Sally desvió la mirada. De modo que todo se iba cumpliendo a rajatabla, al pie de la letra. A pesar de sus precauciones, Murdock había visto ya a Cynthia. En cierto modo había entrado en contacto con ella. La próxima vez se hablarían, luego hablarían a solas tal vez... y Cynthia lo mataría. Cynthia cometería un crimen que la llevaría a la cárcel para el resto de su existencia. ¿Pero por qué? ¡En el nombre del cielo! ¿Por qué?

¿Y cómo era posible que luego él *matase* a Cynthia? ¿Puede un muerto cometer un asesinato? ¿Qué locura era aquélla?

En ciertos momentos, cuando pensaba en todo eso, Cynthia sentía unos irrefrenables deseos de reír. Le parecía todo tan loco, tan disparatado, que no podía ni creerlo. Pero luego miraba a Murdock, lo veía allí, con su corbata negra y su cicatriz en la cabeza, y pensaba que todo era cierto, que todo correspondía a una realidad palpable y espantosa.

—¿Qué te pasa? —musitó Murdock.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Te has puesto blanca...

—No me ocurre nada.

Bebió un largo trago de *whisky* y sintió que el color volvía a sus mejillas poco a poco.

—Tengo interés en conocer a tu hermana —dijo Murdock, mientras bebía también, pero a cortos sorbos.

—¿No la conoces? ¿No dices que la viste la otra tarde con unos prismáticos? ¿Cómo supiste que era ella?

—La había visto retratada algunas veces en revistas de esas que se dedican a la alta sociedad. Tú también has aparecido fotografiada, junto con tu padre, en algunas ocasiones. Pero nunca he hablado con Cynthia, ésta es la verdad. Y debe resultar una mujer muy interesante.

—Es vulgar.

—¡Qué raro que hables mal de tu propia hermana!

—Digo la verdad.

Murdock terminó su *whisky*.

—¿Es que tienes algún interés en que no la conozca?

—¿Y por qué había de tenerlo? Mi hermana es una muchacha como las demás, algo sin sustancia quizá. Lo único que la diferencia es que lleva una vida solitaria y no recibe visitas. Los médicos se lo han prohibido.

—De todos modos aspiro a conocerla —dijo Murdock con un soplo de voz—, me derrito por las mujeres solitarias...

Otra tarde, mientras Sally y su hermana paseaban en el lujoso «Wolseley» por Regents Street, un «M. G», rojo, descapotado, se situó a su altura y se detuvo exactamente junto a ellas en el cruce con Oxford Street, donde la luz roja impedía el paso.

Sally, por pura curiosidad hacia los coches deportivos, miró aquel modelo.

Apretó los labios al ver que Murdock, al volante, las estaba mirando a ellas también.

Sally sonrió de una forma muy leve, muy distinguida, pero procuró situarse de modo que su hermana quedara cubierta para la visibilidad de aquel hombre. Durante medio minuto, que a Sally le pareció interminable, mientras la luz roja, aquel hombre la estuvo mirando intensamente, mientras intentaba descubrir a Cynthia detrás de su cuerpo. Fuera de aquella levísima sonrisa de Sally apenas se saludaron, como si se hubieran quitado la careta los dos y apareciesen ya como lo que realmente eran: como dos enemigos.

Luego la luz cambió, y el «M. G», arrancó violentamente con un ronco rugido de su motor. Sally indicó al chófer:

—Vaya lentamente. No tuerza por Oxford Street, haga el favor. Seguiremos adelante.

Cynthia, quien parecía no haberse dado cuenta de nada, musitó, sin embargo:

—¿Quién era ese hombre? ¿Por qué te miraba a ti de un modo tan raro?

—¿Es que lo has visto?

—De soslayo únicamente.

—Parece como si no te dieras cuenta de nada, y sin embargo...

—Sin embargo, lo veo todo —musitó enigmáticamente Cynthia

—. Pero aún no me has contestado mi pregunta. ¿Quién era ese hombre?

Sally dijo roncamente:

—Nadie; no lo conocía.

Pero sus manos temblaban de tal modo y sus facciones estaban tan blancas que su hermana tuvo que notarlo forzosamente.

Fue dos noches más tarde cuando uno de los criados se presentó en el pequeño saloncito donde se encontraba Sally, fingiendo leer un libro.

—Señorita...

—Dígame.

Asombraba aquella palidez de Sally, aquella falta de energías que se notaba en ella cada vez más intensa, de hora en hora. Hasta dos meses antes, Sally había sido una de esas muchachas deportivas

de cintura estrecha, muslos redondos y llenos, colores sanos y labios rojos que incitan a los hombres a hacer locuras, sin ellas darse cuenta. En cambio, ahora, era como un hermoso edificio que se desmorona, que se hunde. Claro que, estando su padre ausente, nadie se atrevía a comentarlo en presencia de la muchacha.

El sirviente musitó:

—Un caballero pregunta por la señorita Cynthia.

—¿Por la señorita Cynthia? ¿Es algún conocido?

—No. Y como la señorita me dijo...

—Sí, tiene razón. Lo recibiré yo.

Antes de verlo, Sally supo ya que aquel visitante era Murdock.

Y, en efecto, era él. Llevaba un impecable traje azul y un abrigo de entretiempo bajo el brazo. Sus cabellos aún demasiado cortos, estaban peinados de forma que no se veía la cicatriz. Sonrió al ver a la muchacha.

—Perdona, pero doy una fiesta de cumpleaños en casa de mi padre dentro de muy pocos días. Me ha parecido oportuno invitaros personalmente a ti... y a tu hermana Cynthia.

Paseó su mirada por los extensos salones que se apreciaban desde el vestíbulo y añadió, como si diera por descontado que le invitarían a entrar:

—¡Qué bonita casa!

—Sí, es preciosa. Gracias por tu invitación, Murdock. Es posible que vayamos, aunque no solemos aceptar invitaciones, estando papá ausente.

—La mía no es una invitación como las otras. Tu padre y el mío son buenos amigos.

—Sí, ya lo sé. Si no fuera por eso ya tendría que decirte que no en este mismo momento.

Murdock pareció contrariado, incluso ofendido, al ver que no le invitaban a entrar. Pero decidió guardarse su irritación por el momento.

—¿Y tu hermana? ¿Cómo está?

—Mejor. Gracias.

—Bueno, en ese caso... Ya sabéis que estáis invitadas. Es el viernes a las cinco de la tarde, pero telefonearé para concretar del todo la hora.

—Muchas gracias.

La respuesta fría, distanciante, de Sally, dejó a Murdock como si le hubieran arrojado encima un cubo de agua helada.

—Telefonaré —fue lo último que dijo.

Cuando Sally regresó a la salita, para fingir que continuaba leyendo, parecía más que nunca una sombra de sí misma.

Aquella noche no pudo dormir.

Ni la otra, ni la otra...

Fue el propio viernes cuando tomó ella misma el coche y fue de compras a la zona de Seppherd's Bush, deseando evadirse a las pesadillas angustiosas que la dominaban.

Como en realidad no sabía qué era lo que quería comprar, deambuló por algunos comercios sin hacer adquisición alguna y luego fue a Charing Cross, tras hacer un largo recorrido por las calles sobrecargadas de tráfico. Pero ni aun así, logró disipar sus pesadillas. En Charing Cross, sólo para distraerse, compró unos cuantos objetos de pasamanería, entre ellos un metro de cordón de seda para adornar el borde de un cortinaje.

Comió en un «Self service» y luego circuló sin rumbo por las carreteras que llevaban hacia el norte. Cuando regresó a su casa, en la distinguida Curzon Street, el crepúsculo había caído ya.

Encontró un aparcamiento frente a la verja de su domicilio y se dispuso a llamar al chófer para que dejase el «Wolseley» en el garaje, puesto que tenía las llaves él. Pero no había abierto aun la portezuela cuando vio frente a ella la silueta de un hombre.

Era una silueta negra, alargada, a la que la noche de Londres daba un especial relieve siniestro.

Sally no necesitó mirarlo.

—¿Qué quieres ahora, Murdock?

—He de hablar contigo.

—¿No me invitas a dar una vuelta? Es algo un poco especial y quisiera hablar extensamente contigo.

—Es raro que no me pidas entrar en casa. Parece que tienes mucho interés.

—Lo tengo, pero es por una razón que a ti misma te extrañará. ¿Hace o no hace ese paseo?

Sally se encogió de hombros.

En realidad le convenía aceptar. Hablando con Murdock en el

coche, mientras rodaban, lo alejaban de la casa.

—Bueno, entra.

Fueron a poca velocidad hacia Regents Park. Más tarde, cuando Sally pensó en eso, se dio cuenta de que podían haber ido a cualquier otro sitio, pero quiso el azar que fueran a Regents Park precisamente. Allí, junto a las viejas mansiones del siglo pasado, la niebla parecía mucho más espesa. Los faroles amarillos apenas disipaban las tinieblas, y en torno al coche no se oía más que ese pitido peculiar que a veces produce dentro del cráneo el silencio.

—Parecemos dos enamorados... —susurró Sally sin ninguna coquetería, pues sabía perfectamente que el interés de Murdock no iba hacia ella.

En efecto, el hombre susurró:

—Quiero que hablemos de tu hermana Cynthia.

—¿Hablar de ella precisamente? ¿Por qué?

Murdock dijo roncamente:

—Me he enamorado de Cynthia como un loco.

—Si apenas la has visto... —susurró Sally, sintiendo que a cada momento se hacía más difícil mantener el compás de su respiración.

—A veces no es necesario ver en muchas ocasiones a una mujer para sentir que se la necesita. ¿Tú no crees en el flechazo?

—No.

—Pues yo he sentido por tu hermana algo que se parece al amor repentino, al amor inevitable. Y aquí viene lo que quiero decirte. —Su voz se había vuelto dura y exigente—. Sé que, en ausencia de tu padre, tú le prohíbes recibir visitas.

—Sí —respondió Sally con absoluta franqueza—. E incluso le hubiera impedido salir a la calle si el hecho no hubiese llamado la atención de la policía.

—¿Por qué todo eso?

—Porque quiero a Cynthia más que a mi propia vida. Porque haría cualquier cosa por ella.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Sally se volvió hacia él, apretando los labios.

—Prefiero que hablemos así, claramente y sin tapujos, Murdock. Sé que, si mi hermana recibe visitas, la amenazará un peligro; como es lógico, quiero evitárselo.

—¿Qué clase de peligro?

—No tengo ninguna intención de hablar de eso contigo.

—¡Pues lo harás! ¡Te estás oponiendo de la manera más estúpida a que yo conozca a tu hermana, a que yo la trate! Cualquier hombre, por el hecho de ser hombre, tiene derecho a decir claramente que una mujer le gusta, y a intentar conquistarla sin engañar a nadie.

—Cynthia está enferma. No necesita ninguna clase de relaciones con el otro sexo.

—¡Pero tú no tienes derecho a decir eso! ¡No eres su madre!

—¡Como si lo fuera!

La conversación se había ido agriando. Se había hecho tensa, violenta. Pese a la oscuridad, los dos adivinaban sus rostros febriles y sus ojos llameantes.

Murdock fue el primero en aparentar calma.

—Escucha... —susurró—. No hay nada de malo en que yo trate a tu hermana. Podemos salir juntos algún día, siempre que a ella le parezca correcto. ¿Por qué la tienes secuestrada?

—Ya te lo he dicho: Porque sé que corre peligro y la quiero más que a mi propia vida. Haría por ella cualquier cosa.

—¡Pero eso es absurdo!

—Yo sé que no lo es.

Murdock perdió la paciencia y puso las manos sobre los hombros de Sally, zarandeándola casi con violencia.

—¡He dicho a todo el mundo ya que estoy enamorado de Cynthia! ¡Lo saben en el club, en mi casa, en todas partes! ¿Es que quieres que me vuelva loco? ¿Es que un hombre ha de hacer el ridículo solo porque la mujer que le gusta tenga una hermana que está trastornada?

Sally se revolvió.

—¡Suéltame!

Pero en su cerebro, una lucecita se había encendido. Algo le decía: «Si piensa matar a Cynthia y está diciendo en todas partes que quiere entrar en relación con ella, se acusa a sí mismo. Aquí hay algo que no funciona, que no concuerda, que no marcha...».

—¡Suéltame! —se oyó decir a sí misma.

—¡Tienes que dejarme ver a Cynthia! Tienes que dejarme verla o lo haré de todos modos. ¡Le escribiré directamente para que me reciba! ¡Nos haremos los contradizos en cualquier parte!

Sally comprendió que él tenía razón. Su hermana había demostrado tener genio, a pesar de todo. Si Murdock lograba conocerla personalmente y hacerse el interesante, saldrían juntos, a pesar de su oposición. Y entonces... entonces...

Fue entonces cuando sus manos tropezaron con aquello, con aquella cosa flexible y larga, a medio envolver, que había depositado en el portaobjetos abierto del coche.

El cordón negro. El cordón de seda negra.

Ni ella misma supo cómo lo hacía. Ni ella misma se dio cuenta de que Murdock iba a salir del coche después de zarandearla. Vio, como entre una neblina interior, que él iba a darle la espalda.

Sus manos se movieron.

No sentía nada, no pensaba nada...

Sólo se había dicho que no quería matarle de espaldas, sino de frente. Hizo un rápido movimiento con el lazo, que Murdock no llegó a ver a causa de la oscuridad, y se lo cruzó sobre el cuello. Al principio oyó un ronquido, y las manos de Murdock fueron hacia su cuello también, apretándola. Pero Sally tenía un lazo, y éste penetraba como un dogal en la carne de Murdock. Es increíble la fuerza que se puede hacer con un lazo, con una simple tira de seda... Sally sintió que Murdock apretaba, apretaba... pero que iba cediendo poco a poco. Y de repente se oyó un estertor. Un estertor ronco, horrible, que pareció llenar el espacio entero. Luego nada. Un silencio espantoso, definitivo, solemne...

CAPÍTULO VI

Barton recargó la pipa en la quietud de su despacho de Scotland Yard, mientras a través de los cristales emplomados penetraban las lentas campanadas del

Big-Ben

de la torre del Parlamento. Sus ojos duros y grises leyeron el titular del periódico:

«UNA SEÑORITA LLAMADA MUERTE»

Toda la Prensa inglesa, habitualmente poco sensacionalista, destacaba, de modo especial aquel crimen. No sólo por la elevada posición social de la culpable y de la propia víctima, sino también por las incomprensibles circunstancias en que el crimen se había cometido. Las revistas especializadas habían anunciado ya, por radio y televisión, tiradas especiales sobre aquel suceso.

Las facciones de Barton, mientras leía las apretadas columnas del periódico, parecían talladas en piedra.

Sus manos rudas y fuertes, y sin embargo, dotadas de una especial sensibilidad, parecían palpar las letras, como las manos de un ciego.

«... La homicida se presentó entonces voluntariamente en el retén de Policía más próximo, confesando su delito. No dio ninguna explicación acerca de los móviles, pero dijo que no había matado para defender su honor. Eso indica que, en el fondo, es una mujer que carece de astucia. Si hubiese hecho una primera declaración en tal sentido, lo que nada le costaba, su posición ante el Gran Jurado sería distinta. Pero ahora... ¿qué ocurrirá ahora?».

Barton apretó rudamente los labios, mientras leía aquella interrogación.

Cierto. ¿Qué iba a ocurrir ahora?

La espontánea presentación de Sally a la Policía tal vez la librase de la horca, pero eso no era seguro. Como bien había dicho el comentarista, Sally carecía de astucia. ¿Y si cometía algún nuevo error? ¿Qué ocurriría entonces? ¿Y por qué había llegado a matar?

Barton creyó verla como aquella tarde en su despacho, con sus bonitas piernas cruzadas nerviosamente, mientras él le pedía que no retuviese a su hermana dentro de la casa.

Una pregunta bailaba en su cerebro, le atormentaba tenazmente.

¿POR QUE?

Barton dobló el periódico, lo introdujo en uno de sus bolsillos y salió del despacho lentamente:

CAPÍTULO VII

La sala de visitas de la cárcel era oscura e inhóspita. Los policías, los abogados y los jueces tenían derecho a pequeños compartimientos desde los que se podía hablar con libertad. Barton aguardó en uno de ellos hasta que vio llegar a Sally.

Tuvo que cerrar los ojos.

Quieras o no, siempre la recordaría tal y como la había visto por primera vez, en su despacho del Yard, irreprochablemente vestida, con sus sugestivas medias de nylon y su bonito calzado que parecía hecho a medida. Ahora, Sally, aunque iba vestida de calle, porque todavía no podía considerársele una presidiaria, llevaba sobre sus ropas una fea bata gris y calzaba zapatillas gruesas. En su mirada perdida parecía haber algo que estaba ya más allá de este mundo.

Barton tragó saliva penosamente, mientras se ponía en pie.

—Miss Sally...

Ella le miró como si no le reconociese.

—¿Quién es usted?

—¿No se acuerda de mí? Nos vimos en Scotland Yard hace poco. Yo tuve que citarla.

—El inspector...

—Barton. Me llamo Barton.

Sally se dejó caer resignadamente sobre una silla atendiendo la muda indicación del hombre.

—¿Es usted el encargado del caso? —susurró.

—No. Ya me he enterado de que es el inspector Simpson. Ha sido él quien la ha interrogado, supongo...

—Me ha estado interrogando hasta ahora.

—¿Y... ha confesado usted?

Sally se encogió de hombros, sin mirarle. Parecía una mujer definitivamente derrotada, definitivamente hundida. Aquella expresión de su rostro era casi patética, dada su extraordinaria

juventud.

—Confesé desde el primer momento —susurró—. ¿No lo sabía? Yo misma me presenté después de cometido el crimen.

—Miss Sally... ¿por qué hizo eso?

Ella le miró directamente por primera vez. Su mirada azul, limpia, un poco dulce, pareció palpitara en el aire.

—¿Quién es usted? Si quiere obtener más datos en nombre de la Policía, no tiene por qué dar rodeos. Yo he declarado todo lo necesario y declararé otra vez si hace falta. Pero no intenté fingir que siente algún interés personal por este asunto. Sería ridículo.

—Nadie me ha pedido que viniera aquí, *miss* Barton. No tenía tampoco ninguna obligación de hacerlo. Simplemente ocurre que me extrañó lo que pasaba con su hermana cuando yo tuve que citarla, y presumo que su delito tiene algo que ver con eso. ¿Es cierto?

Sally dijo con un soplo de voz:

—Sí.

—¿Mató a causa de Cynthia?

—Sí...

—Por favor, cuéntemelo todo.

—Lo he dicho ya a la policía.

—Usted ha dicho que no mató para defender su honor, pero eso es todo. No ha dado más explicaciones.

—Ni hace falta darlas.

—¿Pero no comprende que así lo único que consigue es empeorar su situación? ¿Ha nombrado ya algún abogado que la defienda?

—Todavía no. He cableografiado a mi padre para que regrese, y entonces él decidirá.

—Pero mientras tanto pueden ocurrir cosas graves. Usted no tiene en quién confiar...

—¿Y pretende que confíe en usted? ¿En usted, que, al fin y al cabo, es otro policía?

—Por Dios, yo no pretendo que deje su destino en mis manos. Sería estúpido y, además, no tengo derecho a pedírselo. Pero sí puedo jurarle que ahora no intervengo como policía. Tuve ocasión de conocerla en circunstancias que me parecieron extrañas y quiero saber la verdad, pero solamente como hombre. Le juro que nada de

cuánto diga podrá ser empleado en contra suya. Además, no hay testigos, y estaría usted en situación de negarlo. Pero quizá yo pueda ayudarla en estos momentos difíciles, cuando ni siquiera hay aún abogado que la defienda. Cometió un error al decir que no había matado para defender su honra, y lamentaría que volviese a equivocarse. Esos errores llevan a la horca.

—Es que yo no maté para defender mi honor. Murdock no estaba interesado por mí, no quiso ni siquiera tocarme un hilo de la ropa. Las magulladuras que yo tenía en mis hombros fueron causadas porque me zarandeó, pero con otro motivo. No quise mentir.

—Debió hacerlo, al menos en aquel momento. Luego hubiera podido rectificar. Y de momento se encontraría en un terreno mucho menos resbaladizo que el que pisa ahora.

—Yo no me defenderé nunca atacando a Murdock, aunque él ya esté muerto —dijo Sally sin despegar apenas los labios.

—Es una cuestión de orgullo, ¿verdad? Usted pertenece a una familia muy renombrada y quiere jugar limpio.

—Supongamos que sí.

—Pero, a pesar de todo, ello no le impedirá ayudarse a sí misma contándome la verdad de lo que sucedió.

—No hay necesidad de que yo le explique nada, señor Barton. Nadie puede ayudarme ya. Pero al menos sé que mi hermana va a vivir.

La mirada del hombre relampagueó un momento, pero ella no lo notó. Barton acababa de ver el camino.

—Claro... Ahora su hermana estará tranquila.

—Sí.

—Es increíble que Murdock quisiera causarle daño, ¿verdad? A ella, a una pobre enferma...

Sally abrió mucho los ojos, mirándole de repente.

—¿Cómo sabe eso?

—Yo sé más cosas de las que usted imagina —mintió Barton fríamente—. ¿Por qué no es sincera y acaba de contármelo todo? En realidad, lo único que ignoro es por qué quería asesinarla Murdock.

Al decir «asesinarla» quizá Barton había dado un paso demasiado rápido, pero vio que acababa de acertar en la diana.

—Yo tampoco lo sé —murmuró Sally, hundiendo la barbilla

sobre el pecho.

—¿Pero cómo empezó a sospecharlo?

—Me lo dijo *madame* Linescu.

Planteadas las cosas en este terreno, Barton sabía que la muchacha ya no estaba en situación de frenar. Ahora ya se lo diría todo. Por ello, mediante hábiles preguntas, la fue llevando al terreno que él necesitaba pisar. Sólo media hora más tarde una Sally atormentada, destrozada, hundida por los recuerdos, le había contado todo lo sucedido desde que puso los pies en Whitechapel para ir a la casa de *madame* Linescu.

Al terminar ella, una profunda arruga vertical se había formado en la frente de Barton.

Sus ojos grises, duros, parecían mirar hacia un punto imprecisable de la pequeña cabina.

—¿Eso es todo? —musitó.

—Todo.

—Hay varias cosas que no entiendo.

—¿Cree que las entiendo yo? Ni siquiera deseo pensar en ellas. Sé que me volvería loca.

—No entiendo por qué él, si quería matar a Cynthia, proclamó en todas partes que ansiaba acercarse a ella. Eso, automáticamente, le convertía en sospechoso.

—Yo también he pensado en eso, y también me he dicho que es imposible llegar a ninguna conclusión.

—Sin embargo, Murdock no estaba loco.

—No, no lo estaba.

—Otra cosa que no entiendo es la razón que él podía tener para anhelar la muerte de Cynthia.

—¿Cree que lo entiendo yo?

Barton se acarició pensativamente el labio inferior, mientras entrecerraba los ojos.

—Yo sabía algunas cosas de Murdock, después de todo —musitó—. Bueno, las sabía la policía en general. Jugaba como un poseído a las carreras de caballos e hizo algunas especulaciones de Bolsa que no le salieron bien. Arriesgaba centenares de miles de libras, eso es lo cierto. Y me parece imposible que todo el dinero fuese suyo.

—Su padre es muy rico.

—Pero no le daba cantidades tan fabulosas. Lo justo para

pasarse una espléndida vida de joven acomodado e inútil. ¿Sabe? Yo no creo que se haya perdido mucho con la muerte de Murdock, pero el Jurado no puede tener en cuenta esas cuestiones personales. ¿Qué decíamos? Que no comprendía de dónde podía haber sacado el dinero Murdock...

—De mi hermana no, seguro. Mi hermana Cynthia no puede tener nada que ver con las carreras de caballos y con las especulaciones de Bolsa. Ella vive en un mundo aparte, donde esas cosas no existen y no tienen importancia. Ese universo sórdido en que se movía Murdock, para nada afecta a Cynthia.

—Pero eso hace más incomprensible la situación.

Sally se encogió impotente de hombros, como si dijera: «¿Y yo qué puedo hacer? ¿Qué puedo pensar ya?».

—¿Cuándo regresa su padre?

—Mañana, supongo. Se encontraba en San Francisco, pero hay líneas de aviones casi continuamente.

—Imagino que tienen dinero para pagar a uno de los mejores abogados de Londres.

—Afortunadamente sí.

—Pero un abogado no bastará —musitó Barton poniéndose en pie. Y de repente, sin reflexionar bien en lo que estaba diciendo, añadió—: ¿Me permitirá que la ayude?

—¿Qué puede hacer usted?

—Oficialmente nada, pero en el terreno particular puedo averiguar algunas cosas. ¿Será prudente interrogar a su hermana Cynthia?

Sally se sobresaltó.

—No, no lo haga... Ella debe permanecer siempre ajena a todo este horror, a esta increíble pesadilla. Comprenda que si he matado ha sido por ella, para mantenerla alejada de todo peligro. Supongo que serán lo bastante inteligentes para no permitir que lea los periódicos, pero si usted fuese a verla todo se perdería.

—Comprendo.

Sally se puso también en pie lentamente, como si los hombros le pesaran. Parecía una mujer más madura, más hecha, pero estaba extrañamente bonita incluso con su horrible bata gris.

—No visitaré a su hermana —prometió Barton—. Es posible que no volvamos a vernos mientras usted esté aquí, *miss* Sally, porque

ya le he dicho que oficialmente no puedo intervenir en este asunto. Pero prometo ayudarla. Haré todo lo que pueda.

Ella levantó los ojos. Su mirada azul pareció otra vez palpar suavemente en el aire.

—Más vale que proteja a mi hermana, señor Barton.

—¿Por qué?

—¿No recuerda lo que le he contado? Primero mi hermana tenía que matar a Murdock, pero luego Murdock *la mataría a ella*.

Durante unos segundos temblaron los labios de Barton, mientras volvía la espalda lentamente.

CAPÍTULO VIII

La segunda visita que Barton hizo fue a Old Bailey, la vieja Corte de lo Criminal de los Tribunales de Londres.

Como todo el mundo sabe, el Palacio de Justicia de Londres se encuentra justamente en los límites de Westminster y la City, y frente a él hay una estatua con una imagen alada que marca exactamente la frontera entre las dos antiguas ciudades, hoy solamente una.

El despacho era viejo, solemne y amueblado estilo Tudor, aunque, no obstante, uno se sentía a gusto al entrar allí. Quizá eran los emplomados cristales de colores, que dejaban tamizar una suavísima luz, quizá el cuero rojo de los butacones, la noble madera de la mesa o el tictac de un reloj que media el tiempo parsimoniosamente. Lo cierto era que uno tenía una extraña sensación de serenidad al entrar allí, como si los años no importaran, como si la vida y la muerte fueran un acontecimiento sin importancia en el devenir absoluto del tiempo.

Una condena para Sally tampoco tendría importancia en el solemne Old Bailey. Y él, con todas sus fuerzas, ansiaba evitarla.

El juez susurró, cuando él le expuso su deseo:

—No puedo dictaminar nada aún, ni mucho menos puedo ordenar que se la deje libre provisionalmente. Ha confesado su delito y puede ser acusada de asesinato en primer grado. Lo que usted me pide no sólo es absurdo, sino imposible.

—Yo únicamente solicito que a esa muchacha se le dé una posibilidad de demostrar su inocencia.

—¿Inocencia?

El juez le dirigía una mirada irónica que parecía llegar desde más allá del tiempo.

—Sí, ya sé que ha confesado su delito y que en ese sentido no puede hablarse de inocencia, pero las razones por las que ha

matado exigen que se tenga con ella una benevolencia especial.

—Las razones por las que ha matado podrán ser alegadas en el correspondiente juicio oral, pero, además, tienen escasa importancia en la ley inglesa. A la ley sólo le interesa el hecho, no los motivos psicológicos que llegaron a desencadenarlo.

—¿Pero me escucharía usted si le explicara los verdaderos motivos de ese crimen?

El juez suspiró.

—Usted es un policía, señor Barton. Debería estar haciendo todo lo contrario de lo que hace. ¿Qué es lo que en realidad le ha movido a venir aquí?

—Ahora no actúo como policía, sino como persona puramente particular. Por lo demás, nadie ha dicho que un detective deba hundir a una persona acusada y llevarla ante el verdugo. También puede llevarla a la libertad, si cree que eso es justo.

—Aun así.

—Usted no puede emitir un juicio sensato hasta que le explique los motivos de ese extraño crimen. ¿Quiere escucharlos?

—Bueno —dijo el juez, uniendo las manos calmamente—. En cierto modo es mi obligación. Hable...

Barton narró todo lo que Sally le había confesado a él, sin omitir detalle. Expuso la visita a la adivina, los temores de Sally, la aparición de Murdock, que a sus ojos debió ser como un enviado del infierno, el deseo vehemente de salvar a la hermana enferma... y, por fin, el crimen. Se dio cuenta de que el juez le escuchaba con los párpados entornados, pero con una chispita de interés en el fondo de sus pupilas.

—¿Es eso cierto, señor Barton? —preguntó al fin.

—No le he mentado en una sola palabra.

—¿Quién se lo contó?

—La propia Sally.

—¿Y no ha pensado que ella pudo urdir una historia absurda para confundir a la justicia?

—Esa historia absurda como usted la llama no se la ha contado a la justicia, sino a mí.

—Reconozco que es cierto.

—Por otra parte, ella pudo afirmar que había matado para defender su virtud de mujer, y que Murdock había intentado

ultrajarla. Dado el lugar y la hora en que se cometió el hecho, nadie hubiera podido discutírselo seriamente.

—También es cierto.

—Entonces...

El juez puso las manos sobre la mesa con la misma solemnidad que si se dispusiera a dictar una sentencia.

—Puedo comprender todo eso como hombre —dijo—, pero mis obligaciones oficiales van mucho más allá. Existe un crimen, yo he comenzado un sumario y no puedo levantar tranquilamente el auto de procesamiento.

—¿Y si la adivina le confirmara cuanto yo le digo?

—¿Lo haría?

—Yo me encargo de que así sea.

—Tenga en cuenta que ello no me autoriza a ordenar la libertad condicional de la procesada, pero las declaraciones podrían arrojar alguna luz sobre el asunto. En ese sentido le autorizo a que traiga a esa mujer aquí, y prometo que la escucharé con la atención más estricta.

Barton se puso en pie. Su rostro parecía haber cambiado.

—Gracias, señor juez. Es cuanto necesito por ahora. Le prometo que no se arrepentirá de esto.

—Recuerde que yo no he garantizado nada, y que si la adivina dice lo contrario de lo que usted espera que diga, sus declaraciones podrán ser empleadas en contra de esa muchacha por la que usted siente tan sospechoso interés.

Los ojos grises y viejos del juez, acostumbrados a ver tantas cosas, escrutaban el rostro de Barton.

Éste comprendió que habían sido adivinados sus verdaderos pensamientos, pero supo disimular su momentánea turbación.

—Gracias —repitió, saliendo.

Cuando salió de allí, donde el tiempo parecía haberse detenido, los autobuses de dos pisos, pasando de la City a Westminster, le produjeron una sensación de vértigo. Trató entonces de pensar en la dirección de la adivina. Sally sólo le había dicho que se encontraba en una calle cerca a Whitechapel.

Scotland Yard posee un hermoso fichero de profesionales semi-clandestinos. Es muy posible que aquella mujer estuviese allí.

Barton fue al Yard y buscó pacientemente. Una hora después sus

esfuerzos habían sido coronados por el éxito. Su ficha estaba.

Apuntó la dirección, tomó un taxi, un viejo y solemne «Austin», y rodó hacia el lugar indicado. Sabía que, en cierto modo, la labor que acababa de emprender era una angustiosa carrera contra el tiempo.

CAPÍTULO IX

Sus ojos captaron el mismo escenario que había captado Sally la primera vez que llegó allí. La calle estrecha y sórdida, la casa de ladrillos y la placa negra con letras doradas:

Mme. LINESCU

4 p. m.

No era hora de visita, y, por lo tanto, decidió aguardar. Un policía inglés debe ser muy cuidadoso en guardar las formas. Hizo unas cuantas gestiones relacionadas con su trabajo habitual, comió en un ABC y a las cuatro regresó a la casa.

Todo estaba igual, porque el tiempo parecía haberse detenido en aquella calle, como en los años del almirante Nelson. Tiró del cordón, y escuchó arriba el sonido lejano de la campanilla.

Con un «tlac», la puerta se abrió.

En el vestíbulo seguía habiendo la alfombra de esparto, la percha y el jarrón anticuado sobre el pedestal. También se hallaba la fotografía de un caballo de elegante línea, pero se hallaba torcida, como si alguien la hubiese tocado para mirarla bien, o como si la hubieran ladeado al quitarle el polvo descuidadamente.

Esto último no era probable, porque sobre el marco había una capa de polvo de notable espesor.

En todo esto se fijó Barton de una forma mecánica, más por instinto de policía que porque le interesase realmente. Luego empezó a ascender los carcomidos peldaños de madera.

Supuso que la mujer que estaba arriba le oiría. De todos modos preguntó en voz alta:

—¿Puedo subir?

Nadie le contestó.

Barton no había estado nunca en casa de una adivina, y no sabía

si ésa era la costumbre. Siguió ascendiendo hasta llegar al rellano superior, donde había dos puertas. La de la izquierda estaba entornada.

A través del hueco se veía la pierna enyesada, deforme, de una persona, seguramente una mujer, que la descansaba sobre una silla.

Su inmovilidad era espantosa.

Al principio fue aquella inmovilidad lo que intranquilizó un poco a Barton, pero enseguida se dijo que una pierna enyesada por fuerza tiene que estar quieta. No hay otro remedio.

Empujó la puerta.

Y entonces estuvo a punto de lanzar un grito de estupor.

Porque dentro de la habitación había, en efecto, una mujer espantosamente yerta, espantosamente blanca.

Si Barton hubiese sido un humorista, habría dicho que estaba espantosamente muerta.

Su ojos fríos, puramente profesionales, examinaron la pieza y obtuvieron de ella algo parecido a una fotografía exacta. Lo primero que pensó fue que nada en la mujer muerta revelaba violencia, lo cual era indicio de que seguramente no desconfió de la persona que la había asesinado. Esta impresión se confirmaba por el hecho de que no había en la habitación señal alguna de desorden.

A la mujer la habían estrangulado con un lazo de seda, anudándolo por detrás con una cierta imperfección, pero con una terrible eficacia.

Era un crimen asombrosamente parecido al que había cometido Sally, con la diferencia de que ésta mató de frente, mientras que a la mujer que ahora tenía ante los ojos la habían asesinado por la espalda.

Barton sintió como si se le formara un nudo en la garganta, al darse cuenta de la relación que todo aquello tenía con Sally. Sus pensamientos parecían ir dislocados. Por unos segundos no supo qué hacer ni cómo actuar.

Pero una cosa era evidente, o mejor dicho, dos.

La mujer acababa de morir. No sólo se notaba eso por su expresión, sino porque, además, estaba caliente. Bastaba tocarla.

En segundo lugar, el asesino aún tenía que estar allí. Era él, sin duda, quien le había abierto la puerta desde arriba. En consecuencia, no había podido huir por la puerta de la calle. ¡Tenía

que estar allí!

A partir de ese instante, Barton desarrolló una actividad febril.

Pese a que no tenía armas, porque la ley le prohibía usarlas, registró todos los rincones donde hubiera podido ocultarse una persona. Contaba con la fuerza de sus puños si tropezaba con alguien, pero nadie saltó sobre él. La habitación, además, era pequeña; no había demasiados sitios donde poder ocultarse.

Barton salió con rapidez al rellano y abrió la puerta de la derecha; vio que allí había una pequeña cocina, un cuarto de baño y un trastero casi vacío. Ni rastro de un ser humano.

Siguió por las escaleras hasta el piso superior donde había una especie de buhardilla con mucha luz, que probablemente ocupó un pintor en otro tiempo, porque había varios cuadros a medio pintar, y ya cubiertos de polvo, apoyados en las paredes. Pero, por lo demás, estaba vacío. El polvo que cubría el suelo estaba intacto e indicaba sin lugar a dudas que allí no había entrado nadie.

—Cada vez más perplejo, Barton volvió al piso inferior.

Estaba seguro de que, mientras él se encontraba arriba, el asesino no había podido aprovechar para descender a la planta baja, porque las escaleras hubieran crujido. Él se había fijado en aquel detalle; eran infernalmente viejas. La huida del culpable hubiera levantado más ruido que el paso del expreso de Manchester.

Al entrar en la habitación donde estaba la muerta se percató de que nada había cambiado. Eso era lógico, desde luego, pero Barton sabía que raramente la lógica y el crimen van unidos. De modo que examinó la pieza nuevamente como si fuese la primera vez que entraba en ella.

La mujer muerta parecía haber cambiado un poco de color, o tal vez era el reflejo del sol que entraba por la única ventana. Barton miró el suelo y vio que no había allí rastro de polvo. Lástima, porque las huellas de los zapatos hubieran sido una magnífica pista.

¿Pero por dónde, infiernos, había huido el criminal?

Barton miró con más atención la ventana, que estaba solo entornada. La abrió del todo y se dio cuenta de que unos asideros en la pared, junto a aquella ventana, servían de escalera para caso de incendio, como es muy frecuente en las casas inglesas. El asesino podía haber huido fácilmente por allí mientras él subía. Por eso no

había tenido ningún inconveniente en abrirle la puerta.

Las «escaleras» adosadas al muro daban a un pequeño jardincillo junto a la puerta. Desde allí a la calle había tres pasos. Barton empezó a pensar que esta vez el asesino había sido más listo que él.

Buscó un teléfono y lo halló en una pequeña repisa, junto a varias revistas. Desde allí llamó al Yard, dando cuenta de lo que había sucedido. No dejó de comprender que con aquello complicaba el caso y hundía más a Sally, pero no tenía otro remedio.

Las horas siguientes fueron para Barton como una lejana pesadilla.

CAPÍTULO X

Debían ser las nueve de la noche cuando Barton salió de la casa, dejando atrás el ambiente tétrico de la habitación sumida en sombras; dejando atrás las manos del forense, que habían palpado el cadáver cien veces, y olvidando por unas horas que aquello estaba relacionado con Sally.

¿Olvidando?

Barton se dio cuenta de que no era posible, de que no podría quitarse la obsesión en toda la noche. Por ello decidió continuar las investigaciones en el único sentido en que podía continuarlas: Yendo a visitar a Cynthia, la enferma, la hermana solitaria, la protegida de Sally, por la cual ella había llegado a matar.

Tomó otro taxi y se hizo conducir a la discreta Curzon Street, cerca de donde los árboles tranquilos de Hyde Park rumoreaban bajo la noche.

Un mayordomo impecable le abrió la puerta.

—¿Señor...?

—Soy Barton, inspector de policía.

—¿Y desea ver...?

—A la señorita Cynthia, si no tiene inconveniente en recibirme a estas horas.

—Preguntaré, señor.

—Dígale que mi visita no es oficial. Que en realidad soy un amigo de su hermana Sally.

—Se lo diré, señor.

El mayordomo se movía en la casa lujosa y señorial con la elegancia y el silencio de los solemnes criados de otras épocas.

Al cabo de unos instantes regresó.

—Si el señor quiere acompañarme...

Barton atravesó un saloncito color azul pálido, cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros de excelentes firmas. Atravesó luego

un corto corredor y luego se encontró en otro saloncito, pero este de color rosa.

Éste estaba magníficamente amueblado, con divanes y cojines dignos de un lujo oriental, pero no fue precisamente eso lo que mayormente llamó la atención de Barton.

Fueron las piernas.

Bueno, sí, no es equivocación. Las piernas de Cynthia, que hubieran hecho bailar incluso los ojos de un ministro inglés.

Cuando uno espera encontrarse con una muchacha enferma, postrada en un sillón, pálida, con una manta sobre las rodillas, y se encuentra con una mujer de campeonato, la cosa es como para perder el color y que a uno se le caiga la muela del juicio.

Barton, desde el umbral, susurró:

—¿Es usted la señorita Cynthia?

—¿Y por qué no había de serlo?

—Perdone, la imaginaba de otra forma.

—Pues así aprenderá usted, seguramente, que la realidad supera a la fantasía. Pase y tome asiento, por favor. ¿Un *whisky*?

—No sé si debo. Al fin y al cabo soy un policía, aunque no venga en misión oficial.

—Atrévase...

Cynthia sonreía. Barton movió la cabeza, de arriba abajo, sin que en ello interviniera su voluntad.

—Está bien. Con poca soda.

La miró mientras ella se levantaba e iba hacia el mueble bar. Cynthia llevaba un ceñido vestido rojo que marcaba sugestivamente sus caderas poderosas, redondas. Tenía la cintura muy estrecha y las piernas largas, llenas. Los zapatos de alto tacón y las medias de primerísima calidad envolvían aquellas piernas en una atmósfera inquietante, turbadora.

—No la imaginaba así.

Ella se volvió levemente, mientras inclinaba su armonioso cuerpo para tomar una botella.

—¿Por qué? Seguro que le han dicho que siempre he estado enferma, ¿verdad? Y es cierto.

—No lo parece.

Ella se sentó junto a él, en actitud tímida, después de depositar el *whisky* y el seltz en una bandeja de plata. Así su aspecto

cambiaba radicalmente. Fijándose con atención, uno se daba cuenta de que su hermoso color se debía quizá a costosas sesiones de rayos infrarrojos, de que sus labios estaban exangües y de que sus manos eran demasiado finas y blancas. Cynthia era sin duda una mujer que hacía todo lo posible por aparentar salud, y en el primer golpe de vista lo lograba.

Además era endiabladamente bonita. En cierto modo resultaba más tentadora que su hermana Sally.

Preparó el *whisky* con elegantes movimientos, y luego preguntó:

—¿Qué quiere usted, inspector? ¿Detenerme a mí también? ¿Le parece que las cárceles de Su Majestad no están lo bastante adornadas con mi hermana Sally?

—Yo no fui quien la detuvo a ella.

—¿No?

—Yo sólo intento ayudarla.

—¿Por qué? Yo sé demasiado bien que nadie ayuda a nadie en este mundo.

—Parece mentira que diga eso, siendo una mujer rica. Sus experiencias han debido ser todas muy agradables.

—La riqueza de mi familia es algo que no me importa. Por el contrario, es algo que, en cierto modo, me humilla.

Barton hizo un vago movimiento con la mano derecha.

—Bueno, cada uno es muy libre de pensar lo que quiera con relación a la riqueza. Yo sólo le diré que ayudo a su hermana porque me parece que es inocente. Desde luego, ella ha cometido el crimen, pero lo ha hecho por móviles que la eximen totalmente de culpa. ¿Conoce usted las verdaderas razones? ¿Sabe que fue a ver a una adivina?

Cynthia, que tenía una mano en el aire, la dejó caer lentamente sobre la mesa.

—Quiero que usted me apoye. Necesitaré toda la influencia de su familia para que Sally sea puesta en libertad provisional. Por ello no vacilo en explicarle los verdaderos motivos de que su hermana se convirtiera en una asesina.

Cynthia había palidecido intensamente, y ahora sí que se apreciaba con toda claridad, bajo la capa de su maquillaje y su belleza, que era una muchacha enferma.

—Hable.

Barton lo explicó todo tal y como se lo había explicado la propia Sally. No omitió detalle.

Al finalizar su relato, Cynthia estaba más pálida aún.

—Habrás ido a ver a esa adivinadora, supongo —balbució.

—Sí. Fue lo primero que hice después de visitar al juez y pedirle que me dejara obtener pruebas.

—¿Y qué le dijo ella?

—Nada. No pudo decirme nada porque, cuando llegué yo, alguien acababa de asesinarla.

Las manos de Cynthia se estremecieron levemente.

—Eso es horrible.

—Y le confieso que no lo esperaba. Ver allí a aquella mujer muerta ha sido uno de los golpes más espectaculares y terribles que he recibido en mi vida entera.

Cynthia parpadeó.

—¿Cómo la habían matado?

—Con un lazo de seda.

—Exactamente igual que hizo mi hermana para matar a Murdock.

—Con la diferencia de que, esta vez asesinaron por la espalda. Y la víctima conocía a la persona que la mató, puesto que no opuso la menor resistencia.

—Es curioso. Una adivina profesional... que no llegó a adivinar que había llegado el momento de su muerte.

—Y lo más curioso es esto otro: Según consta en su ficha del Yard, esa mujer sólo adivinaba cuándo iban a morir las otras personas. Era su especialidad. Pero no llegó a adivinar cuándo iba a morir ella.

Cynthia se preparó también ella misma un sorbo de *whisky*, que bebió con avidez.

—¿Qué va a pasar con mi hermana, inspector Barton?

—Tal vez pueda obtenerse la libertad condicional, hasta que el juicio se celebre, si usted promete ayudarme.

—Claro que se lo prometo. ¿Qué debo hacer?

—Ante todo decirme si sospecha por qué Murdock podía tener interés en asesinarla.

—Murdock ni siquiera me conocía.

—¡Pero debe haber algo! ¡Algo que lo explique todo! ¡Murdock

quería matarla!

Cynthia movió desesperadamente la cabeza de un lado a otro.

—Lo que debió haber fue un monstruoso error por parte de esa adivina, señor Barton. Yo no le conocía. Seguro que no era una mujer tan lista como afirmaba, puesto que no supo adivinar ni el momento de su propia muerte.

—En su pasado, Cynthia... ¿no hay ningún hombre?

—¿Qué quiere decir?

—Si Murdock, o algún amigo de éste, tuvo cualquier clase de relación con usted en otro tiempo. Si de esa relación pudo nacer alguna clase de odio.

Cynthia juntó las manos suavemente.

—Usted no me conoce, señor Barton. Yo he sido siempre una chica enferma, retraída, encerrada entre las cuatro paredes de esta habitación. Primero mi padre no me dejaba salir por temor a que mi salud se quebrantara, y después mi propia hermana me tenía encerrada casi continuamente, también por miedo. ¿Y aún habla usted de si ha habido hombres? No sé si reír o llorar, señor Barton. Nadie puede odiarme por el sencillo hecho de que a nadie he conocido. A veces, durante los veranos, íbamos a la finca que antes poseíamos en Brighton y allí jugaba al pinacle con muchachos aburridos y con muchachas pálidas como yo, mientras fuera se oía el estruendo de las olas del Canal. Nunca tuve novio y nunca nadie me besó. Mi padre, mis amigos, mi propia hermana, me humillaban en el fondo, aun sin pretenderlo, porque yo era una muchacha enferma y que no podía hacer lo que las otras personas hacían. ¿Y ahora me pregunta si alguien pudo odiarme? ¿No se da cuenta de que eso es absurdo? ¿Qué sentido tiene?

—Lo sé, ninguno —dijo Barton, suavemente—, pero sé que debe haber una lógica. Detrás de este mundo sin sentido, donde todo parece una pesadilla, tiene que haber algo, un hilo que nos lleve hasta el fin. Yo trataré de seguirlo, aunque... aunque ello me cueste mi carrera. Pero usted debe hacer algo también por su parte.

—Cuente conmigo. ¿Qué debo hacer?

—Ustedes son gente conocida, gente de la llamada buena sociedad. ¿No pueden pagar una campaña de Prensa pidiendo la libertad condicional de su hermana? ¿No pueden explicar los verdaderos motivos que la indujeron a convertirse en una criminal?

—Lo haré, señor Barton. Mi padre, que está a punto de llegar, tiene buenos amigos en Fleet Street. Él lo arreglará todo.

Barton se puso en pie.

—De acuerdo, Cynthia. Sólo si su hermana está libre podrá conseguir alguna prueba que la favorezca.

Ella se puso en pie también. El vestido modelaba sus caderas más que antes, diabólicamente. Su pecho subía y bajaba agitadamente, al compás de la respiración.

—Adiós, Cynthia.

—Adiós, Barton. Siento que usted no haya adivinado... qué nadie me había besado nunca.

Barton la miró al fondo de los ojos.

Eran unos ojos quietos, enigmáticos, profundos, donde uno parecía poder perderse, hundirse, tal vez morir.

Cuando salió de allí, Barton, que estaba como absorto, oyó, sin embargo, el lúgubre aullido de un perro.

Era un aullido largo, lento, estremecedor, que sonaba en aquella parte elegante de Londres como deben sonar en Arizona los aullidos de los coyotes.

No supo por qué, el aullido de aquel perro le produjo un estremecimiento a todo lo largo de la espalda.

CAPÍTULO XI

Durante toda la noche, en sueños, creyó estarlo oyendo.

El aullido de un perro.

Un perro que aullaba en la parte elegante de Londres, en la zona del dinero sólido, de las familias acreditadas y de las mujeres elegantes. Era absurdo, pero él lo había oído.

¿Por qué aullaba aquel perro? ¿Por qué?

Barton dio vueltas y vueltas en su lecho, en su modesto apartamento de soltero de Charing Croos, pensando en el aullido de aquel perro y también, ¿por qué no? En las piernas de Cynthia.

A la mañana siguiente, por el *Times* se enteró de la llegada a Londres del padre de ambas muchachas, y sólo un día después hasta los periódicos más honorables de Fleet Street iniciaron una campaña para pedir la libertad condicional de Sally, basándose en que los móviles que la habían impulsado al crimen eran los más desinteresados y altruistas que pueden anidar en el corazón de una mujer.

Su jefe, el superintendente Crawford, lo comentó en Scotland Yard aquella misma mañana.

—¿Qué le parece? Esa familia tiene influencia. Van a removerlo todo hasta conseguir que se deje libre a la muchacha.

—Sí, eso parece —susurró Barton, sin decir que él había aconsejado la iniciación de aquella campaña.

—Por otra parte estoy seguro de que la opinión pública se inclinará en favor de ella. La gente siempre se deja impresionar por esas cosas, sobre todo si están rodeadas de misterio, como en este caso.

—Sí, señor; claro que sí.

—¿Usted qué haría?

—Conceder la libertad provisional a la muchacha.

—¿Por qué?

—Porque es evidente que eso no significa nada contra la acción de la justicia. Es evidente que Sally no escapará de las islas y que comparecerá cuando sea citada. El juicio podrá celebrarse igualmente, aunque a ella se la deje en libertad ahora.

El superintendente encendió su pipa con movimientos calmosos, sin dejar de mirar a Barton.

—Usted conoce a Sally, ¿no?

—La cité hace poco para un asunto sin importancia.

—¿Y qué piensa de ella?

—Yo creo que ha dicho la verdad. Que mató, efectivamente, por los motivos que nos ha contado.

—Eso podía haberlo aclarado la adivinadora de Whitechapel. Pero esa mujer ya no podrá hablar nunca.

—Lo cual no hace más que complicar el caso. ¿Quién lleva ese segundo asunto, señor?

—El inspector Bartley.

—¿Y ha averiguado algo?

—Nada. La verdad es que va completamente a ciegas. Diríase que a la adivinadora la había matado la propia Sally, pero Sally estaba en la cárcel. Fuera de eso no se sabe nada más.

El superintendente dio una chupada a su pipa y apartó a un lado de la mesa el ejemplar del *Times*.

—La ley es contraria a eso, pero tal vez concedan a esa muchacha la libertad provisional —dijo con suavidad—. Nosotros, al menos, vamos a aconsejarlo.

Era una trampa, sin duda. Era, según el argot policial, dar cuerda a Sally para que se ahorcara ella misma.

Barton lo comprendió así apenas una semana más tarde, cuando fue a visitar de nuevo al juez y se enfrentó de nuevo a los butacones de cuero rojo, a los cristales emplomados y a aquella atmósfera donde parecía no existir el tiempo.

—Creo que será prudente conceder la libertad condicional a esa muchacha —informó el juez—, aunque la ley es contraria a ello.

—La policía ha informado favorablemente, ¿verdad?

—Usted debe saber eso mejor que yo —sonrió el juez—. Le advierto que yo no me dejo influir por nadie, pero si la policía cree que así va a resolver mejor el caso, no pondré inconvenientes.

—Comprendo.

—Es posible que tome la decisión dentro de un par de días —susurró el juez—. Mientras tanto, han ido llegando informes muy útiles para el proceso. Esa adivinadora de Whitechapel, por ejemplo. Es cierto que adivinaba las fechas en que las personas habían de morir. Todas las fechas menos la suya propia. Pero es muy posible que dijera a Sally lo que esta afirma que le dijo.

—Sin embargo, ha muerto.

—Si estuviera viva ya habríamos tomado su declaración. Desgraciadamente habrá que olvidar eso.

Barton dijo lentamente:

—También la adivinadora informó de algo más a Sally. Tanto que no sé hasta qué punto se le hace un bien dejándola en libertad.

—¿De qué la informó?

—De que Murdock, la víctima, luego la mataría a ella.

El juez arqueó una ceja.

—Déjese de tonterías. ¿Para qué hablar de hombres muertos? Lo natural sería que un joven como usted hablara de mujeres vivas. ¡Hace falta tener fantasía para suponer que un hombre como Murdock va a salir de su tumba para cometer un asesinato!

El perro aullaba en Curzon Street.

Todas las noches, hacia el anochecer, se detenía ante la reja de la mansión donde vivían Sally y Cynthia, y ladraba lúgubrementemente durante minutos enteros. Luego desaparecía.

Barton, que estaba obsesionado por aquel perro, no sabía por qué, fue una noche a la verja, la misma noche en que Sally había de ser puesta en libertad provisional.

Había niebla y una calma ominosa parecía flotar en la calle, mientras las luces amarillas para regular el tráfico se encendían y apagaban parsimoniosamente en todas las esquinas. No obstante, a una distancia de unas quince yardas, Barton pudo ver al perro.

Era un can vagabundo, de eso no cabía duda, porque estaba descuidado y sucio. Pero ocurría algo extraño con él.

Era un can de raza.

En Inglaterra, donde tanto se aprecia a los animales, un perro como aquél valía un buen puñado de libras. Era imposible que no hubiese pertenecido a nadie. ¿Pero a quién? ¿Y por qué el perro aullaba precisamente frente a aquella casa?

El *policeman* que estaba afecto a aquella zona de Londres se acercó parsimoniosamente a Barton, caminando con las manos unidas a la espalda.

—Buenas noches, inspector. Nunca le había visto por esta zona. ¿Ocurre algo malo?

—Nada que le afecte a usted. Sólo es un detalle.

—¿Cuál, inspector?

—Ese perro.

En aquel momento, el can, después de lanzar un último y lastimero aullido, se alejaba hacia Hyde Park rápidamente.

—Sí, ese perro —musitó el policía—. Viene aquí casi todas las noches, especialmente en las de niebla, ladra lastimeramente y luego desaparece. Puede decirse que los vecinos ya se han acostumbrado a él.

—¿Ha hecho usted algo?

—Sí, he avisado a la Liga Antirrábica para que lo examinen, aunque parece que no ofrece peligro. Sin embargo, como solo aparece por la noche, a los de la Liga les es molesto enviar una camioneta a estas horas. En vista de eso, he avisado también a la Sociedad Protectora de Animales. Me han dicho que vendrán a recogerlo dentro de una o dos noches.

—Muy bien, agente.

—¿Ocurre algo más, señor?

—Usted lleva bastante tiempo en este sector. ¿Sabe a quién pertenece el perro?

—Ni idea. Cuando empezó a venir por aquí era ya un can vagabundo. He preguntado en la vecindad, porque éste es un sector tranquilo, donde el tiempo sobra y uno puede hacer esas cosas. Nadie ha conocido que ese animal tuviera jamás un dueño.

—Es extraño...

—Lo es, señor, en efecto.

—¿Por qué vendrá a aullar precisamente ante esa casa? ¿Nunca se le ocurre aullar ante otras?

—Nunca, señor.

Barton apretó los labios. La verdad era que no lo entendía.

—Ese perro debe estar registrado en los servicios municipales, supongo. ¿Ha tomado usted los datos?

—Sí, señor. Los tengo todos aquí, porque ya le he dicho que he

telefoneado dos veces. —El agente sacó una anotación con esa solemne calma de los policías británicos—. Es de raza «setter», color canela con manchas blancas en el hocico, edad aproximada dos años, y se llama «Key».

Barton alzó la mirada.

—Lo del nombre, ¿cómo lo sabe?

—Fue una casualidad. Un día uno de los vecinos perdió la llave de su apartamento, y vino a mí para presentar la denuncia. Recuerdo que el perro estaba junto a nosotros cuando él pronunció varias veces la palabra llave[1]. Se alzó de piernas, se puso a ladrar y luego desapareció. Desde entonces le he llamado «Key» varias veces, y él siempre me ha seguido durante unos instantes. No hay duda de que éste es su nombre, señor.

—«Key»... No estará de más que haga una investigación. Aparentemente eso no tiene sentido. Pero yo siempre he dicho que si los animales pudieran hablar nos resolverían muchos casos. Hasta mañana.

Barton fue, al día siguiente, a realizar un trabajo que, aparentemente, nada tenía que ver con su tarea habitual. Consultó las relaciones de perros inscritos y vacunados en la ciudad de Londres durante los tres últimos años. Halló un «Key» que correspondía exactamente con las características del perro que casi todas las noches aullaba en Curzon Street. No cabía apenas duda de que ése fuera el que buscaba.

Y hasta aquel asomo de duda se disipó cuando vio inscrito junto a él el nombre del propietario.

Barton, al cerrar el libro, sintió que se le nublaba la mirada.

Oyó el aullido desde lejos, entre la niebla, mientras las eternas luces amarillas se encendían y apagaban intermitentemente.

Era un aullido amargo, postrero, que parecía atravesar las capas de la niebla y de la noche.

El agente se acercó lentamente a Barton, como la vez anterior, con las manos unidas a la espalda.

—¿Ha averiguado algo, señor?

—Sí.

—Tiene una voz extraña, señor. ¿Le ocurre algo?

—Nada, excepto que ya sé cuál es el nombre del dueño de ese

perro.

—¿Qué nombre, señor?

—Se llamaba Murdock. Lo asesinaron hace poco.

El agente apretó los labios. Temblaron de modo imperceptible las manos que tenía unidas a la espalda.

—Los perros son seres muy extraños, señor. Y muy fieles. Siempre están con su dueño.

—¿Qué quiere decir?

El agente miró el jardín silencioso, con los dedos unidos y los ojos entornados.

—Eso significa que el señor Murdock está en esa casa.

CAPÍTULO XII

Barton miró la verja también con los ojos entornados. Más allá estaba el jardín distinguido, aristocrático, de la época victoriana. Era un jardín de otro tiempo, donde las sombras parecían alargarse hasta el infinito. Más allá estaba la casa con las luces discretamente encendidas, guardando ese tono mesurado, suave, que parece ser típico de las casas aristocráticas de Londres.

Notó que las manos, que tenía unidas a la espalda, le temblaban levemente.

¿Qué había precisamente en aquel jardín? ¿Por qué sonaba todas las noches el aullido del perro?

Fue entonces cuando la voz dijo a su espalda suavemente:

—¿Piensas en muertos, verdad?

Barton se volvió al reconocer la voz de Sally.

Ella estaba un poco más delgada que cuando la vio por última vez en la cárcel, pero tenía su aspecto fino, distinguido y aristocrático de siempre. Sólo sus ojos, algo tristes y cansados, hablaban de la prueba por la que había tenido que pasar.

Insistió:

—¿Piensas en muertos?

—¿Por qué lo dices?

—Yo nunca me equivoco al mirar los ojos de los hombres. Y los tuyos miran ese jardín como si estuvieran contemplando un cementerio.

—Tal vez.

—¿Causa una sensación lóbrega ese perro, verdad?

—¿Tú lo habías oído ladrar antes?

Barton esperó con ansia la respuesta, con todos los nervios en tensión.

—Nunca —dijo suavemente ella—. Nunca...

Nunca... Ella no lo había oído ladrar. El perro estaba allí, buscando a su amo, desde que murió Murdock.

Buscaba a su amo en el jardín de la casa...

Barton contuvo la respiración mientras veía al perro desaparecer velozmente entre la niebla.

Luego se volvió hacia Sally.

—¿Cuándo te concedieron la libertad?

—Ayer. Pero debo presentarme cada dos días y se me ha retirado el pasaporte para que no pueda salir de las Islas.

—Es natural.

—Lo que no es natural es que la policía me siga continuamente. ¿Piensa quizá que no me doy cuenta? ¿Me tienen por una tonta?

En aquel momento, el agente, dándose cuenta de que molestaba, saludó llevándose la mano al casco.

—Tengo la sensación de que estoy de más. ¿Me permite retirarme?

—Claro que si —musitó Barton—. Gracias, agente.

Cuando quedaron solos, Sally comentó:

—He estado paseando por Londres. Parece mentira lo que uno llega a echar en falta esta vieja y aburrida ciudad cuando no le dejan poner los pies en ella. He ido al río, a los barrios industriales de la otra orilla, a las calles elegantes de Westminster... Nunca me había sentido tan triste y tan sola como esta tarde, pero la policía no ha dejado que llegara a sentirme tranquila ni por un momento en las calles.

—No debes olvidar que estás en libertad condicional —dijo Barton—. Se te sigue acusando de un crimen.

—¡Y la policía espera que les dé una pista!, ¿verdad? Suponen que, dándome cuerda, me ahorcaré a mí misma.

Barton recordó la frase del superintendente y sonrió con cansancio.

—¿Para qué engañarte? En realidad, es así.

—Ya sé que tú no me engañas. Sé, además, que te interesaste ante el juez para que la libertad me fuera concedida. ¿Por qué haces eso? ¿También eres uno de los encargados de vigilarme?

—Te doy mi palabra de que yo no.

Sally le sonrió. Por primera vez en su sonrisa triste flotaba una suave ternura.

—¿Por qué no entramos? Estoy cumpliendo muy mal con los deberes de cortesía. Te invito a tomar una copa.

—Y yo acepto.

Traspusieron la verja y entraron en el jardín. A Barton, al poner los pies sobre aquel pedazo de tierra, le pareció que estaba hollando las fronteras de otro mundo, que allí podían suceder cosas increíbles, alucinantes, fantásticas, no se sabía por qué. Pero enseguida se avergonzó de esa sensación que no tenía sentido.

La casa, con su ambiente acogedor y agradable, sus pinturas de buenas firmas y la suave música esparcida por un equipo especial de

«hi-fi»,

pareció disipar la niebla que amenazaba envolverle.

—¿Y Cynthia? —preguntó—. ¿No está?

—Debe haber salido. Últimamente se ha aficionado mucho a pasear y a ir a sitios de diversión. Debe querer recuperar el tiempo perdido.

—Yo más bien tengo la sensación de que era una muchacha solitaria.

—Es que, a pesar de eso, sigue siéndolo.

Estaban en la salita rosa. Sally se sentó frente a Barton y cruzó las piernas. Éste se preguntó quién las tenía más bonitas, si Cynthia o ella. Se habría tenido que ser un veterano miembro de un jurado de belleza para poder discernirlo.

—¿*Whisky*?

—Gracias, un par de gotas.

Los dos bebieron silenciosamente, mirándose a los ojos. Palpitaba como un misterio, como una muda e inquietante pregunta en el fondo de las pupilas de Sally.

—¿Qué sabéis de la muerte de la adivinadora de Whitechapel?

—Nada.

—¿Por qué la mataron? ¿Ni siquiera eso?

—Ni siquiera eso. La policía no ha adelantado un paso.

—Pero me hubieran acusado a mi caso de haber estado libre, ¿verdad?

—Es posible. La técnica del crimen era bastante parecida al caso Murdock, pero eso no significa nada.

—A pesar de eso me alegro, por una vez, de haber estado en la

cárcel. Así supongo que me dejarán tranquila.

—En este asunto sí.

Se miraron los dos a los ojos, por encima de los bordes de los vasos. Barton tuvo que preguntárselo otra vez: ¿qué había en los ojos de aquella mujer? ¿Qué dulce promesa o qué espantoso y oculto terror anidaba en el fondo de sus pupilas?

Barton no lo sabía.

Ella depositó su vaso de *whisky* sobre la mesa de mármol, sin dejar de mirarle.

Y fue entonces cuando lo dijo:

—Barton, ¿quieres casarte conmigo?

CAPÍTULO XIII

Barton susurró:

—¿Por qué dices eso?

Nunca hubiera podido imaginar que una muchacha tan bonita, tan distinguida y, además, tan rica, le pediría ser su esposa. Durante unos segundos el asombro casi le impidió pensar con claridad.

—Tú debes estar loca —musitó enseguida—. O tal vez te has aburrido tanto en la cárcel que ahora quieres burlarte de mí.

—No, no estoy loca. Jamás he hablado con tanta sinceridad y con tan perfecto conocimiento de causa.

—Entonces, juro que no te entiendo.

—Desde la cárcel he hecho averiguaciones sobre ti, aunque eso parezca difícil. En realidad, allí ¡se tiene tanto tiempo libre! He sabido que tienes treinta años, que eres soltero, algo tímido, muy distraído en las cosas que no sean de tu oficio, excelente persona y que, además, tienes a tu cargo tres niños huérfanos, a los que recogiste después de un incendio, y que te ves precisado a hacer milagros para pagar a la *nurse* que los cuida. Eres una de esas personas que en cierto modo ya no existen y de las que una piensa: «Esa persona merecería ser rica».

Barton se sonrojó vivamente, a pesar de su aplomo. Jamás había hablado con nadie de aquello y le extrañaba —y al mismo tiempo avergonzaba un poco—, que Sally hubiera llegado a saberlo.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros? —musitó.

—Mucho. Porque yo sé que mi hermana va a morir, a pesar de todas las precauciones que tomemos. *Murdock la matará*. Y sé que también voy a morir yo. Sé que la seguiré en el camino de la tumba, *porque Murdock querrá vengarse en mí*.

Barton parpadeó.

—Pero Murdock está muerto. Eso es absurdo.

—Muerto o no, sé que me matará.

Barton no pudo evitar que a su mente volvieran las palabras de la policía, mientras ambos estaban en la calle, escuchando el aullido del perro. «Eso significa que Murdock está ahí». Aquello quería decir que Murdock *estaba en la casa*.

—Aunque así fuera —dijo—, ¿por qué ibas a cometer el absurdo de casarte conmigo?

—En primer lugar, porque me gustas.

Barton apretó los labios. Aquello era ridículo.

—Nunca he gustado a ninguna mujer.

—Te extraña que te hable así, ¿verdad? Normalmente sois los hombres los que decís esas cosas, nunca las mujeres. Pero cuando alguien va a morir dice las cosas con sinceridad, habla lo que siente. Por eso no disimulo contigo. Digo que me gustas y quiero, además, que a mi muerte llegues a heredar mi fortuna personal. Sé que en tus manos, mi dinero se destinará a practicar el bien.

—¿Pero cómo quieres que yo acepte una idea semejante?

Ella cruzó las piernas sabía y lentamente.

—¿Es que no te gusto?

—¿Crees que existe algún hombre al cual no le gustaras tú?

Ahora Sally se puso en pie, fue hasta la mesa donde estaban las botellas y se sirvió otro *whisky* con movimientos inseguros. Al volverse con el vaso, Barton vio que la mano derecha le temblaba fuertemente.

—Tienes miedo, ¿verdad?

—Sí. Tengo miedo...

—Y piensas que yo puedo protegerte. ¿No te das cuenta que sería mejor contratar a un pistolero? En Londres también los hay...

—Tú no entiendes... Yo sólo tengo confianza en ti.

—No dejes que eso te lleve nunca a casarte sin amor.

—¿Sin amor...?

Sally se acercó. En su misma sencillez tenía unos movimientos suaves, ondulantes, cadenciosos... En la misma pureza de los labios había algo demoníaco que los hacía irresistibles. Barton sintió que sus manos, que estaban caídas a lo largo del cuerpo, se alzaban lentamente.

—Sally...

No supo qué fuerza ciega le había impulsado, qué impulso irresistible le había hecho estrujar los hombros de aquella mujer,

doblar su cintura, dominarla, vencerla. No supo qué demonio se había apoderado de su voluntad, de su vida entera.

Sus labios se unieron con pasión, con ansia, con rabia. El de Barton fue el beso de un hombre que ha estado soñando en la soledad de su vida durante largos años. El de Sally fue el beso de una muchacha que no ha sido acariciada jamás.

Cuando aún no habían separado sus bocas, una voz susurró a su espalda:

—¿Molesto?

Barton se volvió ligeramente para mirar a Cynthia, que acababa de entrar en la habitación.

Cynthia, con sus hermosas piernas enfundadas en nylon, con sus caderas obsesionantes, con sus labios diabólicamente rojos.

Sin decir una palabra más, la muchacha pasó por su lado, evitando mirarlos.

Durante un día entero, pues Barton no tenía servicio, estuvo en la casa, husmeando en todos los rincones, intentando dar con algo, por insignificante que fuese, que le ayudara a avanzar por entre aquella niebla en que se movía. Pero nada en aquella distinguida y aristocrática casa tenía relación con la lúgubre profecía de la adivinadora de Whitechapel ni explicaba el por qué ésta también había sido muerta.

La existencia, además, se desarrollaba allí plácidamente, sin altibajos. El padre de ambas muchachas había contratado a varios detectives privados para que hallasen pruebas capaces de favorecer a su hija cuando el juicio se celebrara. Pero todas las horas las pasaba encerrado en su despacho sin pensar más que en aquel asunto, vigilando por medio del telégrafo las cotizaciones de Bolsa en cinco o seis capitales distintas, llamando a sus agentes, a sus empleados y a sus banqueros. Los criados, entretanto, se movían suaves y silenciosos como sombras a través de los salones de la casa. Cynthia iba a pasear en automóvil o a pie, y en cuanto a Sally, permanecía largas horas sentada en una butaca, con la mirada perdida en el vacío, como si estuviera mirando algo situado en el Más Allá, algo que solamente ella pudiese ver.

Barton se daba cuenta de que el tiempo pasaba inútilmente, y de que no conseguía ninguna prueba que pudiese favorecer a Sally. Si ésta se presentaba ante los jueces tal como estaba ahora, una

condena gravísima —tal vez la de muerte—, caería sobre su cabeza.

Sólo por la noche ocurrió algo.

Algo que en realidad parecía no tener importancia alguna, pero a lo que Barton dio un significado especial.

Hacia las nueve, el policía de servicio de la zona llamó discretamente con los nudillos en la puerta.

—Me han informado de que está aquí el inspector Barton —dijo.

—Cierto, agente. Espere, por favor.

El criado fue a informar a Barton y éste se encontraba un minuto después ante el policía.

—¿Qué ocurre?

—Apenas nada, señor. Hoy tenían que venir los de la Sociedad Protectora a llevarse el perro, y ya no podrá ser.

—¿Por qué?

—El perro debía pasar las noches en algún lugar oculto de Hyde Park, y alguien ha ido a buscarle hasta allí. Ha muerto, señor. Le han envenenado.

El médico preguntó suavemente:

—¿Por qué se interesa por la muerte de ese perro? ¿Por qué lo ha hecho traer aquí?

—Quería saber cómo ha sido envenenado. Y el Laboratorio de Toxicología es el más indicado para decírmelo.

—Está bien, pero me ha sorprendido encontrar aquí, sobre la mesa, a un «cliente» de esta clase. De todos modos, tengo el informe. Lo han envenenado con cianuro en un poco de leche.

—Entonces tuvo que ser intencionado.

—Supongo que no hay duda. A menos que el perro tomara por error la leche que estaba destinada a otra persona.

—No es posible. Es un perro vagabundo que durante las noches se ocultaba en Hyde Park. Alguien lo mató intencionadamente. No es posible saber por qué y para qué, pero lo envenenó a sabiendas. En fin, doctor, me ha aclarado un punto muy importante. Gracias.

Cuando Barton salió de allí, las tinieblas empezaron a flotar de nuevo sobre Londres. Una suave llovizna empapaba lentamente a los transeúntes, que caminaban apretujados por las avenidas o estaciones ante las paradas de autobuses, a aquella hora de salida del trabajo. Londres tenía más que nunca aspecto de ciudad laboriosa, sería, honrada, donde las cosas fantásticas no existían. Y,

sin embargo, allí había algo fantástico que flotaba en el aire. Un muerto, una persona que yacía sepultada en el cementerio, iba a cometer un asesinato. ¿Cuándo? ¿De qué modo misterioso llegaría hasta su víctima?

Barton sintió que la cabeza le daba vueltas.

Pero algo mucho más intenso hubiera sentido aún caso de saberlo que en aquel momento estaba ocurriendo a Sally, en sus aristocráticas habitaciones de Curzon Street.

CAPÍTULO XIV

Todo empezó con aquella melodía.

Sally necesitaba abstraerse, no pensar en el mundo obsesionante que la envolvía, para eso fue a extraer sus dos violines del armario donde estaban guardados. Pero sólo encontró el que empleaba para sus ensayos. El «Stradivarius», aquél con el que daba sus conciertos, no estaba en el sitio normal.

A Sally le extrañó.

Un «Stradivarius» vale una fortuna y alguien podía haber sentido la tentación de robarlo. ¿Pero quién? ¿Y cómo podía haberlo conseguido si en la casa todo el personal era de la mayor confianza?

Estaba sumida en esos pensamientos cuando su padre salió del despacho.

El millonario tenía una cara extraña esa noche, un rostro surcado de arrugas y con unos ojos que parecían no mirar a ninguna parte, que parecían estar colgados del vacío. La muchacha tuvo la incomprensible sensación de que no conocía a aquel hombre, de que era como un extraño que de repente había aparecido en su vida.

Él preguntó:

—¿Por qué ensayas? ¿No has pensado que es posible que no llegues a dar el concierto?

—Lo sé, pero la televisión ha insistido. Dicen que, dada la popularidad que ahora yo tengo, será un enorme éxito. Y como todo el importe de los anuncios es para beneficencia, no puedo negarme.

—¿Pero crees que tendrás los nervios lo bastante serenos para poder actuar?

—Si logro olvidarme de todo, es posible que sí.

—Ojalá lo consigas. Y ahora perdóname, voy a marcharme. Tengo una reunión con mi banquero dentro de cinco minutos. ¿Dónde está Cynthia?

—No sé. Habrá ido al cine, supongo. Hace eso con mucha frecuencia ahora, como si quisiera recuperar el tiempo perdido.

—Yo haría lo mismo. Buenas noches.

—Adiós, papá.

Sally quedó sola.

Quedó sola en la inmensa casa, sin más compañía que la de los silenciosos criados que se movían de un lado a otro en las sombras. Pero por ser el día libre en la mayor parte de ellos, en la casa había sólo dos: la doncella y un viejo mayordomo.

Sally fue a templar el violín, pasando el arco por encima de las cuerdas al tiempo que las tensaba.

Y en aquel momento oyó el sonido.

Era una melodía de violín, pero no procedía del suyo. Alguien tocaba fuera, en la calle entre las tinieblas, una melodía siniestra cuyos acordes parecían retorcerse en el aire.

Sally tardó en darse cuenta de que lo que estaba escuchando, interpretado al violín, era el himno de réquiem.

Un réquiem por su propia hermana.

Desde el Más Allá alguien parecía anunciar la muerte de Cynthia. Aquella melodía anticipaba su funeral, y era en los oídos de Sally como la propia voz de Murdock, el muerto, el hombre a quien ella asesinó y que ahora había salido de su tumba.

Los sonidos del violín parecían llegar desde todas partes y, sin embargo, era imposible decir dónde estaba su situación exacta.

Atónita, Sally dejó su propio violín sobre la mesa y miró a través de la ventana. Los sonidos parecían llegar del jardín, de entre las sombras. Las luces de Curzon Street parecían infinitamente lejos, como si la verja que las separaba estuviera a varias millas de distancia. Y por contraste, el jardín parecía inmensamente grande e inmensamente negro.

Sally abrió la ventana.

Un viento fresco le dio en el rostro, mientras los sonidos del violín se oían más claramente.

Sally se dijo que sonaba a su izquierda, junto a la puerta de los antiguos sótanos, que llevaban varios años sin abrirse.

Lentamente, como una sombra, igual que si una fuerza ajena la guiase. Sally fue hacia el tablero donde las llaves estaban colgadas.

La de la puerta del viejo sótano no estaba en su sitio.

—¿Busca algo, señorita?

El viejo mayordomo estaba tras ella. Igual que todos en aquella casa, se movía como una sombra.

—Buscaba la llave del viejo sótano, el que ya no se emplea.

—¿Es que ya no se acuerda, señorita? Desapareció hace tiempo. Ya se lo dije.

—¿Desapareció?

—Incluso escribí a su señor padre, que entonces se encontraba en Atenas, por si quería informase a la policía. Pero él contestó que como nadie entraba ni iba a entrar allí, que no hiciera más caso.

«Nadie entraba ni iba a entrar allí».

La frase pareció quedar grabada como a fuego en el cerebro de Sally.

—¿Es muy difícil aquella puerta?

—¿Qué quiere decir, señorita?

—Si podría violentarla.

—¡Absurdo! Hace mucho tiempo que no se abre.

—¿No tiene un pedazo de alambre?

—Sí, naturalmente que sí. ¿Pero puedo preguntarle... qué pretende?

—Déjeme hacer.

El viejo mayordomo se inclinó y le proporcionó el alambre. Sally fue con él al jardín, donde se encontraba la puerta que daba a la parte inutilizada del sótano.

La única ventaja que ella había tenido en la cárcel era la de haber aprendido cosas que podían serle útiles o perjudiciales, según se mirara. Por ejemplo, en el patio, durante los paseos, había hecho una cierta amistad con ladronas que se dedicaban a violentar puertas, especialización más bien propia de hombres. Una de ellas le enseñó los milagros que se pueden hacer con un alambre hábilmente retorcido, cuando la cerradura es vieja.

Aunque Sally no tenía ninguna práctica, tanteó en la solemne puerta de los sótanos.

El silencio sólo era roto en torno suyo por los rumores del tráfico de Curzon Street. Sally estaba en el centro de Londres y, sin embargo, parecía encontrarse en un país remoto, donde hasta las cosas más absurdas fueran posibles. El sonido del violín había cesado. Al que interpretó aquel himno de réquiem parecía habérselo

tragado las sombras.

Sally forcejeó, puso en práctica los trucos que le enseñaron en el patio de la cárcel. Y al fin, la cerradura, tras unos cinco minutos de trabajo de la joven, cedió con un chasquido.

Un espeso olor a humedad la recibió. Las tinieblas que llenaban el sótano la envolvieron en sus tentáculos.

Sally oyó en el interior un rumor mecánico, sordo, monótono, que parecía llegar de más allá de las paredes.

En principio, aquel rumor no tenía nada de siniestro.

Era un ruido que se oye en millones y millones de casas de todo el mundo y al que nadie da importancia. Y, sin embargo, a ella le heló la sangre en las venas, mientras se le erizaban los cabellos de su nuca.

CAPÍTULO XV

Sally buscó a tientas el conmutador de la luz, mientras sentía un estremecimiento de horror en su espalda. Los dedos palparon el resorte y lo movió. Una claridad polvorienta nació a la vez en cuatro rincones distintos del viejo sótano.

Y entonces los ojos de Sally fueron lentamente, como una máquina que no se atreve a avanzar, hacia el lugar de donde aún seguía brotando aquel sonido monótono y lento.

Vio que la nevera, en efecto, estaba funcionando.

Era un aparato monumental y casi completamente inservible para una casa, por el mucho espacio que ocupaba y el enorme voltaje que consumía. El padre de Sally tenía fuertes intereses en una fábrica de aparatos eléctricos, y a manera de ensayo se construyó aquella nevera que iba destinada a bares y carnicerías, pero que luego se decidió no lanzar en serie por su elevado consumo, a pesar de que producía mucho frío. El aparato de prueba le fue regalado y él lo arrinconó en el sótano, donde teóricamente no había funcionado nunca, a pesar de que la instalación eléctrica de fuerza pasaba a muy pocas pulgadas de distancia.

Sin embargo, ahora la nevera estaba funcionando. Daba la sensación de que estaba funcionando desde semanas y semanas atrás, el ruido uniforme de su motor parecía llenar el sótano.

Alguien la había puesto en funcionamiento. ¿Pero desde cuándo? Y sobre todo, ¿quién?

Con paso tembloroso, vacilante, Sally se acercó a la puerta blanca de la monumental nevera.

Sus dedos temblaban. Temblaban también sus labios.

Abrió la puerta y fue entonces cuando el hedor saltó hacia ella como una cosa sólida, cuando el horror pareció penetrar de repente por sus ojos y por su boca.

El cadáver se desplomó sobre su cuerpo como si aún fuese una

cosa dotada de movimiento.

El grito de Sally, grito angustiado, lacerante, ronco, debió oírse en todos los rincones de la casa, a pesar que las gruesas paredes del sótano impedían en gran parte el paso de los ruidos.

En el exterior, hollando fuertemente la tierra blanda del jardín, se oyeron pasos.

Alguien llegaba corriendo, pero no era ninguno de los dos viejos sirvientes. Sally, que estaba casi aprisionada por el cadáver, volvió la cabeza a punto de perder el sentido.

Barton entró. Debía estar vigilando cerca de la casa cuando oyó aquel angustioso grito.

—¡Sally!

La exclamación partió de lo más hondo de sí mismo. Con brusco movimiento la apartó del cadáver, en el instante en que la náusea y el horror iban a hacer sufrir a la muchacha una crisis de nervios. La estrechó en sus brazos casi sin darse cuenta, estrujándola, haciéndola daño con su afán de reanimarla, mientras sus ojos abiertos miraban el cadáver que yacía en el suelo, con la cabeza vuelta hacia ellos.

Con un soplo de voz, Barton dijo:

—No es el cadáver de Murdock...

—Llevaba muchos meses en la nevera —dijo el forense lentamente, mientras se quitaba los guantes de goma—. No puedo aún precisarlo exactamente, pero sin duda eran meses. De no ser por el frío del congelador, se hubiera desarrollado normalmente el proceso de descomposición y yo podría precisar con toda exactitud la fecha de su muerte, pero así imposible. Este cadáver había empezado a descomponerse sólo en parte, porque el congelador lo conservó durante largo tiempo. Aparentaba tener unos treinta años y murió ahorcado con un lazo de seda. Eso es cuanto puedo decirles.

Barton, a pesar de que estaba acostumbrado al olor especial de los depósitos de cadáveres, encendió un cigarrillo.

—Usted hizo la autopsia de la adivinadora de Whitechapel, ¿no es cierto? —preguntó.

—Ayudé en ella.

—Ambos crímenes se realizaron de forma muy parecida. ¿Diría

que las manos que estrangularon a este hombre fueron las mismas que terminaron con aquella mujer?

—No puedo asegurarlo, pero yo diría que sí.

—Gracias, es cuanto quería saber.

Desde la «Morgue», Barton tomó un taxi y fue a Scotland Yard. Una búsqueda en los inmensos ficheros, basándose en las huellas necro-dactilares, le reveló la personalidad del muerto.

«Milton Kaener, nacido en Manchester el 17 de marzo de 1933, hijo de Patrick y Luella, sin profesión conocida. Arrestado dos veces en 1958 por complicidad en robo de joyas, condenado a un año en 1959 por tráfico clandestino de alhajas. Último domicilio conocido; 219 de Hampton Road».

Barton, pensativamente, dejó la ficha en su sitio, tras anotar en su mente todos aquellos datos.

Por lo visto, el muerto había sido una buena pieza, pero no era eso lo que le preocupaba ahora. Aquella dirección, 219 de Hampton Road, parecía despertar algo en las profundidades de su memoria. ¿Qué era? ¿Quién vivía o había vivido allí?

Inútilmente intentó recordarlo.

Fue a su despacho, resolvió los asuntos más importantes que tenía acumulados allí y, de pronto, mientras examinaba un atestado por lesiones, recordó quién había vivido en aquella dirección.

¡Un hombre que también estaba muerto! ¡Murdock!

Ahora quedaba el segundo problema, que era saber qué relaciones habían tenido los dos hombres.

Una investigación en las oficinas de estadística y unas cuantas preguntas a los dos agentes encargados de la zona, le aclararon bastante las cosas. El hijo de buena familia Murdock y el maleante Kaener habían vivido juntos casi un año en el lujoso apartamento del primero. ¿Por qué? La explicación más razonable era ésta: Murdock estaba, arruinado y de algún modo obtenía ingresos con los negocios sucios de Kaener, especialmente con el tráfico de joyas robadas.

A continuación, el joven, seguro ya de pisar terreno firme, hizo una investigación en los Bancos.

No obtuvo los datos que quería porque los establecimientos de crédito no los dan sin orden judicial, pero supo, sin embargo, que los negocios de Murdock habían ido rematadamente mal en los últimos años, debido a su manía de apostar en las carreras de caballos y a su costumbre de hacer arriesgadas jugadas en la Bolsa. Alguien, seguramente su padre, le había prestado elevadas sumas que Murdock no supo nunca devolver.

Barton apretó los labios, mientras sus ojos empezaron a brillar con una nueva luz. Por fin tenía la sensación de empezar a pisar terreno firme. Por fin, las piezas de aquel rompecabezas encajaban, aunque todo siguiera envuelto en la niebla.

Ya sabía que Murdock y Kaener habían sido, probablemente, socios en el negocio del tráfico ilegal de joyas. Otra investigación en los archivos del Yard le hizo darse cuenta de que en los últimos años la mayor parte de las joyas robadas en Francia habían sido vendidas en Inglaterra. Seguramente era aquél el negocio de los dos hombres que habían terminado sus maquinaciones en el Más Allá.

Pero eso no era todo.

Supo también que los dos hombres habían tenido en su apartamento un perro. Esto concordaba con lo que sabía sobre «Key», el can vagabundo envenenado en Hyde Park.

Aquel perro había hecho amistad con Kaener, que vivía en compañía de su amo, y había visto entrar al hombre en la casa de Sally y Cynthia, *pero no le había visto salir*. Su instinto le advertía que su amigo estaba allí, en la casa, *y que no saldría ya nunca*. Por eso aullaba durante las noches y por eso alguien lo envenenó, al darse cuenta de que aquel maldito perro había llamado ya incluso la atención de la policía. ¿Pero quién? Sin duda la misma persona que había encerrado el cadáver en la nevera, esperando deshacerse de él más tarde. Y aquí volvía la pregunta: ¿Quién?

Podía haber sido cualquiera, si se examinaban las cosas con calma. La llave de los sótanos había desaparecido tiempo atrás. Muchas personas podían haberla robado hacía tiempo. Cualquiera pudo depositar el cadáver allí pensando comprometer a los habitantes de la casa.

Mientras Barton se hacía angustiosamente todas aquellas preguntas, la televisión anunció el concierto de violín de Sally para una semana más tarde.

La muchacha ensayaba cuando Barton entró. Aunque el joven no era un experto en violines, ni mucho menos, supo enseguida que aquél no era el «Stradivarius» con el que se daría el concierto.

Sally lo depositó sin fuerzas sobre la mesa.

—Hola, Barton.

—¿Estabas ensayando? ¿Crees que tendrás la suficiente serenidad para dar el concierto?

—Al menos, debo intentarlo. Son muchos los que han confiado en mí.

—¿Y el «Stradivarius»?

—No lo comprendo. Lo he buscado por todas partes sin poder encontrarlo. Si yo no fuera una mujer que debe comparecer ante los tribunales por algo mucho más grave, habría dado ya parte a la policía.

—¿Crees que pueden haberlo robado?

—¿Por qué no? Un «Stradivarius» vale una fortuna.

—¿Pero quién es el que entra y sale de esta casa con tanta facilidad? ¿Quién pudo ocultar un cadáver y luego robar un violín? ¡Es absurdo!

—Absurdo o no, eso es lo que ha sucedido, Barton.

Él se llevó un momento los dedos a los ojos, apretándose los párpados con el pulgar y el índice.

—Dios santo... Sigo sin entenderlo. ¿Qué puede tener que ver un violín con la muerte de Murdock y con una adivinadora de Whitechapel?

—Aparentemente nada, pero alguien tocaba la otra noche el violín bajo mi ventana. Barton. Por eso me fijé en el sótano, buscando el lugar de donde procedía aquella música. Era un ritmo de réquiem, Barton. El ritmo de réquiem por mi hermana Cynthia.

—¿Aún crees que van a matarla?

—Estoy segura.

—¿Pero cómo es posible que des fe a las palabras de una adivina? ¿Cómo puedes creer a alguien que ni siquiera pudo predecir el instante de su propia muerte?

—Tal vez ella no quiso saber el momento en que iría a la tumba. Pero sé que dijo la verdad al hablar de mi hermana Cynthia. Sé que Murdock llegará a matarla.

—¡Murdock está enterrado en el cementerio! ¡Su cadáver está

allí desde semanas atrás! ¿Qué crees? ¿Qué ahora mismo va a entrar por esa puerta?

Señalaba con la mano temblorosa una de las puertas de la sala.
Y en aquel momento esa puerta se abrió.

Un hombre alto, de facciones gastadas, en quien a Sally le costó trabajo reconocer a su propio padre, entró por aquella puerta. Llevaba un viejo violín en la mano izquierda.

—Sally...

Sally tenía la boca contraída. Le costó responder.

—¿Qué ha ocurrido con ese violín, papá? ¿Dónde los has encontrado?

—¿No lo pusiste tú en mi habitación?

—¿Yo?

El millonario miró extrañado a su hija.

—Pues estaba allí, en el armario de mis trajes. Precisamente me ha extrañado mucho.

—Miré en todas partes de la casa —confesó Sally con un soplo de voz—. Pero, naturalmente, no se me ocurrió mirar en tu habitación. Jamás hubiera imaginado que pudiera estar allí.

—Ni yo... Y, además, lleva allí varias semanas, probablemente. Mira, está cubierto de polvo.

Barton se acercó, junto a la muchacha, para examinar el valioso violín.

Pese a no ser entendido, tuvo que admirar la finura de sus líneas, lo immaculado del esmalte, que le daba una sonoridad magnífica, lo tenso de sus cuerdas y la elegancia del arco. Sólo el polvo que lo cubría daba una sensación de cosa vieja.

—De todos modos, ya lo has encontrado —dijo con voz tranquila—. ¿A qué preocuparse más? ¿No ensayas con él?

—Tengo por costumbre no afinarlo hasta el mismo día del concierto. Los «Stradivarius» son magníficos, pero son también de una gran delicadeza.

Sally lo tomó con los dedos como si el violín fuera algo que pudiese quebrarse en cualquier momento. El arco, delgadísimo, parecía en sus manos una varita mágica.

—Va a haber mucha expectación en el concierto —dijo su padre—. Desdichadamente, el público no te oirá por tu música, aunque ésta sea buena, sino por una curiosidad morbosa. Creo que en los

estudios de televisión no habrá esta noche ni una sola plaza libre, y he oído decir que la publicidad del programa la cobrarán casi el triple.

Las manos de Sally temblaban.

—Tengo un presentimiento, papá.

—¿Otra vez con tus fantasías?

—¿Llamas fantasías al haber tenido durante semanas un cadáver en casa? ¿Te parece fantástico que la mujer que me dijo que Cynthia iba a morir haya muerto también asesinada?

—Lo que me parece es absurdo. ¡Y creo que sería mejor que todos nos volviéramos locos a la vez! ¡Al menos no sufriríamos tanto!

Apretó los puños y, dando media vuelta, desapareció tras la puerta.

Sally dijo con un soplo de voz:

—Mientras dure el concierto habrá que proteger mucho a Cynthia, Barton. Estoy segura de que esta noche van a matarla.

CAPÍTULO XVI

Había tenido razón el padre de Sally. Aquella noche no había una sola plaza libre en los monumentales estudios de la televisión inglesa. Todos los televisores de la Isla habían tomado el canal por el que se retransmitía el concierto, y hasta en los antros más secretos del Soho se iba a escuchar aquel programa. Ello no se debía, por supuesto, a que en Inglaterra se hubiese despertado una inusitada afición a la música, sino que todo el mundo quería conocer a «una señorita llamada Muerte».

Cuatro agentes no quitaban ojo a Sally desde que ésta se trasladó a los estudios. Tenían que apostarse a la puerta de su camerino, seguirla al escenario, y terminado el concierto, acompañarla a Curzon Street. El juez había pedido con un interés especial que estuviese protegida y vigilada. Pero eso no era nada en comparación con el número de agentes que acompañaban a Cynthia.

Cuatro hombres estaban en la calle, dos más en el jardín y otro paseaba por las habitaciones de la casa. Ninguno de ellos llevaba armas, pues la organización del Yard lo prohíbe, pero eran sabuesos expertos en judo y capaces de oír a través de las paredes los pasos de un gato.

Nunca Scotland Yard había tomado tantas precauciones para defender a una mujer... ¡que iba a ser asesinada por un muerto!

Barton se encontraba en los estudios de televisión. Había decidido no perder de vista un solo instante a Sally.

Ésta quedó sola unos instantes en su camerino cuando la maquilladora entró para arreglarla. La operación duró apenas diez minutos, durante los cuales, Barton aguardó tras la puerta. Luego, salió Sally. Su expresión resultaba inquietante y dura bajo el maquillaje, pero luego los focos, en el escenario, obtendrían toda la

belleza posible para las cámaras.

Barton susurró:

—Estás muy bonita...

—Y muy nerviosa. No hubiera creído nunca que llegaría a impresionarme de tal forma.

—¿Y el violín?

—Está ahí dentro.

—Lo descuidas un poco. ¿No temes que nadie te lo robe?

—¿Quién puede hacerlo? Además, tú tienes la sensación de que ya lo hicieron una vez. Y es absurdo. Lo que ocurre es que alguien lo puso descuidadamente en la habitación de mi padre. Seguramente uno de los criados, que ahora no quiere confesarlo.

—Tal vez. ¿Lo has afinado ya?

—Lo haré minutos antes de que el concierto empiece. Es la costumbre.

En aquel momento, mientras hablaban, un gato gris se deslizó silenciosamente por el pasillo y entró en el camerino, rozando casi las piernas de Sally.

El gato debía merodear normalmente por los camerinos vacíos, y tenía sus lugares favoritos. Uno de ellos, sin duda, era el gran sillón sobre el que descansaba el «Stradivarius» de Sally.

El gato se encaramó a él y rozó con su lomo el extremo del violín que el ejecutante apoya fuertemente en su hombro, mientras interpreta la melodía.

Fue solamente un roce, un roce tan suave como únicamente puede causarlo un gato.

Y sin embargo, hubo bastante.

El animal se estremeció, tensando todo su cuerpo, y unos instantes después caía bajo el sillón silenciosamente.

Muerto.

Barton entró en el camerino cuando ya la muchacha había salido llevando el violín suavemente prendido con dos dedos de su mano izquierda, seguida por los cuatro agentes, rígidos y solemnes como estatuas.

Los ojos fríos y científicos de Barton examinaron los muebles, cosa que había hecho Sally al salir. Vio entonces aquel enorme gato gris que estaba dormido bajo uno de los sillones.

—¿Dormido?

Barton entendía lo bastante de muertos para saber cuándo un cuerpo descansa y cuándo, por el contrario, está rígido, con esa tensión especial que solamente la muerte produce. Y aquel gato tenía esa tensión.

Barton se inclinó para examinarlo.

Estaba muerto. Había expirado poco antes y no por causas naturales, pero no presentaba ninguna herida.

Barton entrecerró los ojos, mientras sentía unas gotas de sudor resbalar a lo largo de sus sienes.

¿Qué era aquello? ¿Ante qué misterio incomprensible y absurdo se enfrentaba otra vez?

Fue entonces cuando aquellos hombres pasaron ante el camerino.

Barton, que los vio sólo de soslayo, se dio cuenta de que conocía, sin embargo, a uno de ellos, pues algunas veces había estado en su despacho para asuntos relacionados con la policía. Era el notario Grover, uno de los más conocidos de Londres. Su acompañante debía tener la misma profesión también, a juzgar por su aspecto. Los dos hablaban quedamente.

—¿No vamos a llegar tarde al concierto?

—No. Ya tenemos los asientos reservados cerca de las cámaras. Además, aún faltan cerca de quince minutos de publicidad. Me parece que abusan.

—Aunque la finalidad es benéfica, tal vez han armado demasiado ruido en torno a esa muchacha. ¿Usted la conocía, Grover?

—Por supuesto que sí. Ella y su hermana son clientes mías.

—¿Su hermana también? Tenía entendido que salía muy poco de casa.

—Sí, ya sé, pero hará un par de meses vino al despacho a firmar un documento. Hacia donación de todas sus joyas a su hermana Sally, pero quería que no le fuera comunicado a esta hasta su cumpleaños, que es dentro de un par de semanas. Un regalo sustancioso, que pagará un buen puñado en concepto de impuestos. Cynthia no quería nada para sí.

—¿Ni una joya?

—Ni una.

—Pues ya es extraño. Porque las mujeres...

Las dos voces, más quedas y suaves cada vez, se perdieron pasillo abajo.

Barton, al principio, no dio importancia a aquello.

Su atención estaba fija, absorta, en el gato muerto junto a sus pies.

Pero de pronto un pensamiento vino a su cráneo dejándole rígido, absorto, con una sensación de horror recorriéndole la espalda.

¡Ni una joya! ¡Desde dos meses antes Cynthia no tenía ni una joya que fuera realmente suya, aunque Sally lo ignoraba!

Entonces... Entonces cuando la adivina dijo que sería asesinada la dueña de la joya que entonces tenía en la mano, no se refería a Cynthia, sino a Sally. ¡Solamente a Sally!

Los dientes de Barton chirriaron, y su boca estuvo a punto de lanzar un grito.

CAPÍTULO XVII

Ya faltaban sólo ocho minutos de anuncios. Sally estaba ya en su puesto, con el violín en la mano izquierda, sin atreverse aún a templar, porque estaba demasiado nerviosa. Presentía que el concierto iba a ser un desastre. Jamás se había sentido tan sola y tan acobardada como esa noche. Sus dedos temblaban.

La primera pieza a interpretar era de Debussy, y para ella resultaba relativamente fácil. Pero la segunda, de Sarasate, requería un perfecto dominio de la técnica y de los nervios del ejecutante. Sally no estaba segura de poder salir adelante con éxito.

Los focos estaban a punto. La orquesta en su puesto. Las cámaras también tomaban posiciones.

Y a poca distancia de allí, en un camerino vacío, un hombre sudaba de angustia.

Barton sabía que iban a matar a Sally. ¡Que iban a matarla aquella misma noche!

Sus puños apretados le hacían daño. No se daba cuenta de que tenía las uñas clavadas en las palmas de las manos.

¿Quién iba a matar a Sally? ¿Murdock que ya estaba en su tumba? ¿Alguien a quien él había pagado antes de morir, para que matase a una fecha fija?

El sudor resbalaba ya por los párpados de Barton. Llegaba hasta sus pestañas cegándole.

¿Dónde estaba el peligro? ¿Suspendido en el aire tal vez? ¿Dónde podría encontrarse la mano asesina?

Barton tragó saliva espasmódicamente.

Y de pronto la luz, la luz tibia y negra se hizo en las profundidades de su cráneo.

De pronto, Barton *comprendió*.

CAPÍTULO XVIII

Cynthia estaba en su sitio con las piernas cruzadas, con el fino nylon de las medias brillándole en las rodillas, cuando Barton entró.

Tenía los labios apretados, las facciones rígidas, los ojos entrecerrados. Parecía ahora lo que realmente era y antes había podido disimular: una enferma. Sus músculos no tuvieron ni la más ligera contracción al ver entrar al hombre.

Barton, sin decir palabra, tomó asiento frente a, ella. Sus ojos estaban como nublados. Tuvo que hacer un violento esfuerzo para decir:

—¿Por qué?

Sólo aquellas sencillas palabras que lo resumían todo.

Cynthia susurró:

—¿Qué es lo que quiere preguntarme en realidad? ¿Por qué ha venido, polizonte?

—Quiero saber por qué se dedico al tráfico de joyas en compañía de Murdock y de Milton Kaener. Este último era un aventurero, y Murdock un cabeza loca que había malbaratado la fortuna de su padre y no sabía cómo salir de la situación. ¿Pero y usted? Usted, Cynthia, era una muchacha rica que nada necesitaba. ¿Por qué se metió en turbios manejos? ¿Por qué se convirtió, por decirlo así, en el jefe del grupo?

Ella no se movió tampoco. Sus facciones, de tan impasibles, parecían una máscara.

—Hacerlo fue como una salvación para mí.

—¿Una salvación? ¿Estás loca?

—¿Loca? Usted no lo comprende, polizonte, ni lo comprenderá nunca. Yo me había pasado la vida sentada en una silla y junto a la ventana de una habitación, sin ver más que un pedazo de mundo. ¡El pedazo de mundo que los otros me querían enseñar, no el que elegía yo misma! En esta casa yo era como un mueble más, como un

perro de lujo o como un cuadro de una buena firma. Todos me habían dado lo mejor excepto una cosa: el dominio sobre mí misma, el derecho de ser libre y disponer de mis propios actos. En cierto modo lo hacían por mi bien y yo quizá no me hubiera rebelado nunca, pero un día cualquiera...

—Apareció Murdock, ¿verdad? ¿O fue Kaener?

—Kaener —dijo ella lentamente.

—¿Dónde lo conoció?

—En las carreras de caballos, un día en que fui a ellas excepcionalmente. Kaener empezó fijándose en mis piernas y terminó fijándose en mis ojos. Se dio cuenta de que tras ellos había algo que no estaba en los ojos de otras muchachas de mi edad. Kaener era listo y no tenía escrúpulos. Decidió «trabajarme» cuando supo quién era.

—¿«Trabajarla»? Quiere decir convencerla, ¿no?

Cynthia descruzó las piernas lenta y sabiamente, pero su rostro permaneció como el de una esfinge.

—Así es, polizonte. Deberían darle una medalla por su inteligencia.

—No crea que voy a ofenderme —dijo Barton con lentitud—. Sería demasiado fácil. Pero quiero que me diga qué es lo que un hombre como Kaener, un maleante internacional, pudo proponer a una muchacha como usted, perteneciente a la mejor sociedad de Londres.

—Precisamente por eso me buscó.

—Porque nadie sospecharía de una mujer millonaria y además, enferma, ¿no es así?

—Otra medalla para usted, polizonte.

—¿De qué le habló Kaener?

—De que yo podía ser el último eslabón de la cadena de un tráfico internacional de alhajas que empezaba en los hoteles de todo el mundo, donde eran robadas, y terminaba muchas veces en las mejores tiendas de Londres. Mis contactos con las gentes más acreditadas de la buena sociedad hacían posible esto.

Barton sintió que el asombro le hacía entreabrir la boca. Sintió que se le nublaban por un momento los ojos.

—¿Todos se fiaban de usted? ¿Nadie sospechó?

—¿Quién iba a sospechar de una mujer que llevaba mi apellido?

Algunas joyas fueron a parar a los escaparates de las mejores tiendas de Inglaterra, una vez transformadas sabiamente por Murdock, y obtenía, además, un excelente precio por ellas. Nadie me pidió jamás un comprobante ni una factura. Nadie me hizo jamás una pregunta tras la que se pudiera insinuar la más leve sospecha.

—¿Pero no se dio cuenta de que aquello podía romperse en cualquier momento? Una simple conversación entre cualquiera de esos joyeros y su padre...

—Mi padre estaba casi siempre fuera de Inglaterra, y además nunca ponía los pies en una joyería.

—Pero eso no era bastante. Las pistas que dejan las joyas son infinitas. En cualquier momento, el equilibrio podía romperse. ¿No se le ocurrió pensar nunca eso?

—¿Qué es usted, polizonte? ¿Un moralista? ¿Pretende convencerme de que hice mal?

—Pretendo convencerme de que no era usted tonta perdida. Pretendo convencerme de que fue lo bastante inteligente para darse cuenta de que aquél era un tinglado que tenía que saltar hecho pedazos cualquier día. Contésteme. ¿Lo pensó?

—Sí...

—¿Y...?

Cynthia apretó los labios, mientras descruzaba las piernas otra vez con lentitud obsesionante.

—Me di cuenta de que la situación ya no me divertía —dijo arrastrando las palabras—. Yo era la auténtica jefe, la que lo dirigía todo, pero llegó un momento en que las combinaciones me parecieron monótonas. Entonces exigí salir del grupo...

—Y no se lo permitieron, ¿verdad? Debieron decirle que ya estaba con el fango hasta el cuello, que ya era demasiado tarde.

—Pronto no van a caberle las medallas en el pecho, polizonte. Sí, me dijeron eso, precisamente eso. Es usted tan listo que de un momento a otro voy a echarme a llorar.

—Más bien debería llorar por sí misma, muchacha. Pero yo no soy un moralista. Sólo soy un cochino polizonte que se gana un pequeño puñado de libras al mes, con lo cual no bastaría ni para las medias que usted gasta. Pero continúe hablando. ¿Qué hizo usted cuando Murdock y Kaener le dijeron que ya era demasiado tarde?

—Dicté testamento.

—¿Para qué?

—Le dejé todas mis joyas a mi hermana. Las alhajas ya me aburrían; no deseaba ni verlas; además, volvía a sentirme decaída y necesitaba estar frecuentemente días enteros en esta habitación. Muchas veces mis familiares y mis criados me dejaban sola.

—¿Y qué hicieron sus cómplices?

—Una de esas tardes que estaba sola, mortalmente sola, Kaener vino a hacerme una visita.

—Quería que reflexionara, supongo.

—Sí, eso era lo que dijo que quería. Al principio se puso galante y me dijo que yo tenía un cuerpo muy bonito y sería una lástima que algo lo estropease. Luego empezó a amenazarme de una forma clara. Le advertí que tuviese cuidado, porque yo era mucho más inteligente que él.

—¿Y... tuvo cuidado?

—No, no lo tuvo. El muy imbécil se creía dueño de la situación, paseaba a grandes zancadas por la estancia y no dejaba de amenazarme. Empleando uno de los atizadores de la chimenea, le di un fuerte golpe en la nuca mientras estaba de espaldas. Kaener cayó de bruces como un fardo, y sin exhalar un gemido. Nunca hubiese creído que matar resultase tan fácil. En realidad, luego he pensado que resulta mucho más sencillo para una mujer que para un hombre, porque las mujeres inspiramos una falsa confianza. ¿Pero por qué me extendo en tantos detalles? Una vez Kaener en el suelo, lo estrangulé con mucha facilidad. Pero entonces me planteó el problema de dónde ocultar el cadáver.

—Usted que es tan inteligente debió haber pensado en ello —dijo Barton con burlona suavidad.

—Fue un problema que se me planteó en el último momento, porque jamás había pensado matar a Kaener. Pero ya la cosa estaba hecha, tenía que deshacerme de su cuerpo. Y lo conseguí.

—Sólo a medias. Dejarlo en la nevera gigante del sótano no era una solución definitiva. Era más bien encerrarse en un círculo que no tenía salida por ninguna parte.

—Hay que pensar que en esa parte del sótano jamás entraba nadie. Yo misma robé la llave y no hubo quien lo advirtiera. Hubieran podido pasar todavía unas semanas sin que el crimen

fuera descubierto. Claro que...

Sonrió suavemente.

—... Claro que en cualquier ocasión propicia hubiera podido cargarlo en el portaequipajes de mi coche y despeñar el cuerpo por cualquier acantilado de la costa. Pero esta ocasión propicia no se presentaba nunca. En todo momento había gente en la casa. Además yo me sentía débil, me fallaban las fuerzas. Comprendo que con todo eso perdí un tiempo lastimoso, pero nada hubiera ocurrido de no ser por el perro...

—El perro que había vivido con Murdock y con Kaener, ¿verdad?

—Sí... No tuve en cuenta que ese maldito animal había venido con Kaener hasta aquí. Al ver que no salía estuvo aullando durante toda la noche. Luego mis criados consiguieron alejarle, pero debió encontrar un escondrijo en el cercano Hyde Park y cada noche volvía como un presagio o como una amenaza... Por fin, cuando vi que había llamado ya la atención del policía de servicio en la zona, resolví matarlo.

—Una víctima más ya no importaba, ¿verdad? Pero ésta era un pobre ser inocente que no había cometido más que un pecado: ser fiel.

Barton entrecerró los ojos mirándola con fijeza obsesionante, con una dureza de metal al fondo de sus pupilas.

—¿Y la adivinadora de Whitechapel?

—Me conocía. Había sido utilizada para guardar alhajas en algunas ocasiones; era una mujer de la que la policía no podía ni sospechar remotamente en aquel aspecto. Era un auxiliar eficaz, pero nada más.

—¿Por qué la asesinó Cynthia? —La voz de Barton se había hecho silbante, densa, casi angustiada—. ¿Por qué acabó con ella?

—Fue un error.

—¿Un error? ¿Una mujer puede matar solamente porque se ha equivocado?

—Sí —dijo Cynthia con voz más silbante que la de Barton—. Tuve miedo de que la policía hubiese averiguado algo.

—No había motivos para sospechar de eso. La policía no había interrogado nunca a la mujer de Whitechapel.

—Pero usted fue a verla.

Barton recordó. Sí, claro que había ido a verla. Había ido a verla por indicación de Sally, o mejor dicho, después de hablar con ella en la cárcel, pero jamás por sospechar que estuviese implicada en un robo de joyas. Miró a Cynthia con los ojos entrecerrados.

—Cuando usted llamó a la puerta, yo le vi desde la ventana —continuó Cynthia lentamente—. Mejor dicho, le vi incluso antes de que usted llegara. Yo estaba en la habitación, hablando con la adivinadora. Disputábamos. Ella, no sé si adivinando algo o simplemente porque las circunstancias le daban derecho a pensarlo, temía que a Kaener le hubiera sucedido algo. Gritó que en cuanto tuviese la pierna bien iría a hablar con la policía. Y justamente entonces, en ese momento, le vi llegar a usted, pichón. Supe que allí se derrumbaría todo, que mi vida normal iba a terminar si aquella mujer continuaba alentando sobre la tierra.

Movió las manos lentamente y dijo, con la mayor sencillez:

—De modo que la maté.

—¿Y huyó luego por la ventana mientras yo subía las escaleras, verdad?

—Otra medalla.

Barton se mordió los labios hasta hacerse sangre, sin saber por qué. Se clavó las uñas en las palmas de las manos sin comprender de dónde venía aquel recóndito, aquel sordo e implacable dolor.

—¿Por qué me ha contado esto? —susurró al cabo de unos instantes, respirando anhelosamente—. ¿Por qué lo ha confesado todo con esa facilidad? ¿Por qué?

Y ella contestó en voz baja, muy baja:

—Porque no va a contarlo a nadie, polizonte. ¡A nadie!

CAPÍTULO XIX

Los labios de la mujer apenas se habían movido al decir eso. Sus ojos estaban quietos, hieráticos como los de una esfinge. Sólo su pierna izquierda, montada sobre la derecha, se balanceaba ligeramente, haciendo brillar ante los ojos de Barton la tersura de la media.

Barton musitó:

—¿A nadie?

—¿Es que cree que le hubiera contado tantas cosas si tuviese la intención de dejarle vivo aquí?

—¿Va a ser tan estúpida que intente algo? ¿Qué puede hacer? Usted no va a poder matarme ni aunque tenga una pistola escondida en la manga. Yo sería más rápido. Pero es que, además, el atacarme sería la peor locura que podría cometer. La condenarían a muerte sin remedio, mientras que en cambio, todo lo que me ha contado a solas no puede tener validez ante un tribunal.

Ella sonrió ligeramente.

—Usted, en el fondo, tiene compasión de mí, ¿verdad, polizante? No desea que me busque nuevas complicaciones. Querría llevarme detenida, hacer que me juzgaran y luego saliera con una condena muy leve, ¿no es verdad?

—Eso sería lo más sensato.

—Pero no va a conseguirlo, polizante. Da la casualidad de que usted tiene un deseo y yo otro. Mejor será que no se ponga pesado...

En aquel silencio, por la expresión de los ojos de la mujer, Barton adivinó que el peligro estaba a su espalda.

Alguien le había golpeado con una porra de goma y además lo había hecho bien, en el bulbo raquídeo, para dejarle tieso al primer impacto. Pero Barton era un atleta y además estaba acostumbrado a

la lucha.

No llegó a perder el conocimiento.

Mientras todo vacilaba a su alrededor, él cayó hacia adelante, evitando así que el segundo golpe le alcanzara de lleno. La porra se aplastó contra el respaldo del sillón donde segundos antes él apoyaba la cabeza. Oyó lanzar un grito a Cynthia.

En el suelo, Barton se revolvió, mientras alguien intentaba pisotearle la cabeza.

Medio entre sombras, pudo ver a un individuo corpulento, joven, con el rostro surcado por una leve cicatriz. Barton recordaba levemente haberlo visto junto a los coches que había en el garaje de la mansión. Probablemente era uno de los chóferes.

Pero no quedaba tiempo para pensar en eso.

Cuando el otro intentaba pisotearle, le sujetó el tobillo y se lo retorció en una levísima llave de judo. El hombre pareció ser lanzado por los aires por su propio impulso. Con un aullido se estrelló contra una de las paredes.

Barton se puso en pie mientras sujetaba por la pata una de las sillas. En este momento lamentó cien veces que las leyes inglesas prohibieran a los policías llevar armas. Vio que el hombre que estaba frente a él sacaba poco a poco una «Browning» chata, negra, de cañón corto.

Sin levantarse, le apuntó.

—Suelte la silla, polizonte.

Barton sonrió secamente.

—¿Qué pretende? ¿Disparar?

—Voy a hacerlo, polizonte.

Cynthia ordenó a su espalda, con voz silbante:

—Tienes un silenciador. ¡Ponlo y dispara, imbécil!

El hombre extrajo un tubo largo de uno de los bolsillos de su americana, sin dejar por eso de apuntar a Barton. En el momento de atornillar aquel tubo al cañón del revólver se produjo un instante favorable para Barton, porque éste hubiera podido saltar, confiando en que su enemigo no estaba listo para el disparo. Pero un rápido cálculo de posibilidades le hizo comprender que la distancia entre él y su enemigo era demasiado grande. Necesitaba dos saltos para llegar hasta él, y antes de que iniciara el segundo le habría dejado seco de un balazo. Barton se mordió desesperadamente los labios al

darse cuenta de que estaba acorralado por todas partes.

Cynthia insistió con voz silbante:

—¿A qué esperas? ¿Por qué vamos a perder el tiempo? ¡Dispara de una vez!

El hombre vaciló. Se notaba en sus ojos que estaba sufriendo una lucha interior. Seguramente le costaba obedecer una orden que podía llevarle a la horca, mientras Cynthia se libraría con una pequeña pena.

Barton aprovechó aquel instante de vacilación. Su rostro, que hasta entonces había permanecido inmutable y como tallado en piedra, se volvió desafiante.

—¿Por qué no dispara? Obedezca a Cynthia. Supongo que ella le tiene en sus manos. No le habrá dado dinero, pero le habrá dado algo más importante. ¿O me equivoco?

El hombre dijo, masticando las palabras:

—Me lo ha dado todo.

Barton giró levemente el rostro hacia la muchacha. Vio los ojos brillantes, las facciones contraídas de ésta.

¡Y, sin embargo, era tan joven! ¡Seguía siendo tan endiabladamente bonita!

—Necesitaba un auxiliar de absoluta confianza —dijo ella con voz ronca—. Lo necesitaba por si las cosas se ponían demasiado difíciles. Y Richard, el chófer de mi padre, antiguo luchador de *catch*, podía ser el hombre indicado. Además, estaba perdidamente enamorado de mí. Yo sólo tenía que mover un dedo, e hice más, bastante más que eso... ¿Por qué me miras así, polizonte? Te doy asco, ¿no?

—No me das asco, Cynthia. Nunca podría darte una mujer como tú. Pero, en cambio, me das algo mucho más triste, me das pena...

—Entonces, lamento que tu último sentimiento sea ése. Al menos podías haber muerto alegre... ¡Tira, Richard...!

Los músculos de Richard se tensaron.

Y apretó el gatillo.

CAPÍTULO XX

Barton no se estuvo quieto.

Justo en el momento en que el otro iba a apretar el gatillo, él se ladeó, lanzando la silla. Una respetable dosis de experiencia le había enseñado que la cara de los hombres cambia cuando van a matar, y la de Richard había resultado demasiado expresiva. Jugándose el todo por el todo, inició aquella maniobra desesperada justo en el momento decisivo.

La silla alcanzó de lleno a Richard, que vaciló mientras la bala se clavaba en el techo. Aquella vacilación fue aprovechada por Barton para ponerse en movimiento con un perfecto dominio de la técnica. Dos saltos le bastaron para llegar junto a Richard y alcanzarle la mano derecha cuando éste se disponía a apretar el gatillo por segunda vez. La habilísima llave de judo hizo saltar al hombre por los aires, mientras lanzaba un aullido. La pistola se disparó, pero inútilmente. Esta vez la bala hizo añicos el cristal de una de las ventanas.

Era lo peor que podía suceder a Cynthia.

Ésta se dio cuenta de que tal vez aquello llamaría la atención en la calle y echó a correr hacia la salida, mientras Barton saltaba sobre su enemigo. A pesar de que éste era un antiguo luchador, su técnica resultaba bastante imprecisa. Atento más que nada a conservar su arma, no evitó que Barton le apresara en una dolorosísima presa de brazo que le hizo lanzar un alarido.

Cynthia, mientras tanto, corría hacia la salida de la casa. Abrió la puerta y siguió corriendo con los hermosos cabellos al viento, mientras frente a la verja del jardín se congregaban algunas personas inquietas por los cristales que habían saltado bruscamente.

Barton apretó la llave, dándose cuenta de que si cedía recibiría el balazo en plena cara. Richard hubiera debido ser inteligente y soltar el arma para poder utilizar las dos manos, pero quiso

conservarla y ésa fue su perdición. Con un segundo aullido de dolor, soltó al fin el arma mientras se oía en la habitación un lúgubre chasquido de huesos.

En aquel momento un agente de policía se acercaba a la ventana, atravesando el jardín. Desde el otro lado de los cristales vio a Barton y Barton le vio a él.

—¡Procure que éste no se escape, agente! —gritó—. ¡Rompa la ventana si es preciso! ¡Yo tengo algo más importante que hacer ahora!

Dejando en el suelo a Richard, que había perdido el conocimiento, Barton corrió hacia la salida de la casa.

Pero fue entonces, al pasar por uno de los suntuosos salones, cuando sintió hasta el fondo de los huesos el frío de la muerte.

Porque entonces lo comprendió todo.

¡Entonces comprendió que en esos momentos Sally debía estar ya muerta!

El programa de televisión había empezado ya.

Barton miró como obsesionado el televisor que había en el salón y que precisamente le había dado aquel lúgubre presagio. Como un autómatas oprimió el botón del encendido. Un sudor helado nació en sus sienes, al darse cuenta de todo, al adivinarlo todo.

El gato muerto... Eso sólo podía significar que una diminuta, una insignificante aguja envenenada, justamente en el sitio en que el ejecutante apoya el cuello al empezar a tocar. ¡Justo cuando empezase el concierto Sally moriría! Caería fulminada ante millones de espectadores de la televisión británica...

Pero ¿por qué? Dios santo, ¿por qué?

Barton, desesperado, se dijo que debía haberlo comprendido antes.

Murdock, deseoso de tener en sus manos a Cynthia, había resuelto aterrorizarla. ¿Y qué mejor sistema para ello que demostrando su poder matando a Sally? Una aguja envenenada en el violín era más infalible que un cañonazo, y además tenía la ventaja... ¡de que mataría incluso después de morir él!

Los dientes de Barton rechinaron mientras la televisión empezaba a iluminarse.

La adivinadora de Whitechapel había dicho la verdad. Por una vez su oscuro instinto le hizo adivinar que la dueña de las alhajas

mostradas por Sally (y que ya era la propia Sally en virtud de una donación de su hermana, aunque ella no lo sabía aún) iba a morir. Murdock había preparado la coartada incluso fingiendo interesarse sólo por Cynthia...

La pantalla se iluminó por completo. Se oyó una monótona voz. Un comentarista hablaba aburridamente sobre temas musicales y sobre las excelsas virtudes de los instrumentos de cuerdas.

¿Por qué no había empezado el concierto? ¡Cielos! ¿Por qué?

Barton lo comprendió enseguida, o mejor dicho, quiso tener la esperanza de que lo había comprendido.

Quizá existía una avería en la instalación de focos del escenario o de los sistemas de *travelling* de las cámaras. Pero en cuanto lo reparasen, el concierto empezaría. ¡Y con el primer compás de la música, Sally iba a morir!

Barton salió de la casa como una exhalación, con las facciones bañadas por un sudor helado.

El electricista jefe anunció:

—Esto ya está arreglado. Creo que la instalación funciona perfectamente. ¿Empiezan?

El presentador, que ya se pasaba un pañuelo por la frente empapada, gruñó:

—¡Claro que sí! ¡Menudo latazo está dando ese tío para ganar tiempo! ¿Preparada, *miss* Sally?

Sally, que llevaba el violín suavemente colgado de la mano izquierda, con el arco en la derecha, susurró:

—Cuando quiera...

El preparador hizo una discreta seña al conferenciante, que agradeció con una casi imperceptible sonrisa el fin del suplicio, y dirigió al invisible auditorio las últimas palabras de su conferencia. Todas las demás cámaras se prepararon para la aparición de Sally. Los segundos empezaron a contar...

Diez... Ocho... Seis... Cuatro... Dos...

En la cámara se encendió la luz indicadora.

El presentador, sonriendo, apareció ante los objetivos. Con breves y precisas palabras, pues ya se había perdido demasiado tiempo y el programa consumía más espacio del ajustado, hizo la presentación de Sally. Luego ésta apareció ante las cámaras. El

presentador la mostró, sonriendo, antes de retirarse.

Sally alzó ligeramente el violín.

La orquesta, en el acompañamiento, inició los primeros compases. Sally sabía que en cuanto contase hasta cinco debía estar muy atenta, porque le darían la entrada. Siempre hacia eso en lugar de seguir la música del acompañamiento, porque así se concentraba más.

Uno... Dos... Tres...

Alzó un poco más el violín, disponiéndose a colocarlo.

Cuatro...

El director de la orquesta alzó la batuta y le dio entrada con un gesto de la barbilla.

¡Cinco!

Sally fue a apoyar del todo el violín, colocando en posición el arco, cuando una mano cayó sobre el instrumento, al tiempo que alguien lanzaba un grito. Barton, con las facciones desencajadas, con la frente sudorosa y los ojos patéticamente abiertos, saltó como una pantera negra para arrancar el violín mientras las cámaras cortaban bruscamente. Se produjo en el escenario un momento de terrible estupor.

Sally balbuceó:

—Pero...

—¡No toques eso! ¡No lo toques!

Los policías que montaban guardia en el escenario corrieron hacia allí. Sally, perdidas las fuerzas, gimiendo, cayó de rodillas a tierra.

Pero eso los espectadores de la televisión inglesa no llegaron a verlo nunca.

Dos días más tarde se efectuó el triste entierro de Cynthia, muerta al intentar tomar en marcha uno de los trenes que se dirigían a Newhaven, en las puertas del continente europeo, donde tal vez le hubiera resultado fácil ocultarse. Pero en el último momento debieron de fallarle las fuerzas y cayó bajo las ruedas del convoy. Los forenses dijeron que debía haber muerto sin sufrir...

En cuanto al juicio de Sally, tuvo lugar dos meses después.

Teniendo en cuenta todos los antecedentes, que ya eran conocidos, y visto que la propia Sally había estado condenada a muerte por el hombre al que ella mató, el jurado le aplicó la

atenuante muy cualificada de trastorno mental transitorio y la joven fue condenada a una leve pena.

Barton decidió esperarla.

La hubiese esperado toda la vida caso de ser necesario. ¿Y por qué no un par de años? ¿Qué son dos años para un corazón que ama?

Sus compañeros de Scotland Yard, cuando se aproximaba la fecha de la boda, le regalaron un televisor.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA

El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...



**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

NOTAS

[1] Key: llave, en inglés. < <